

La Ilustración Artística

Año XX

BARCELONA 9 DE DICIEMBRE DE 1901

Núm. 1.041

LA NEVASCA

CUADRO DE JUAN AUBERT

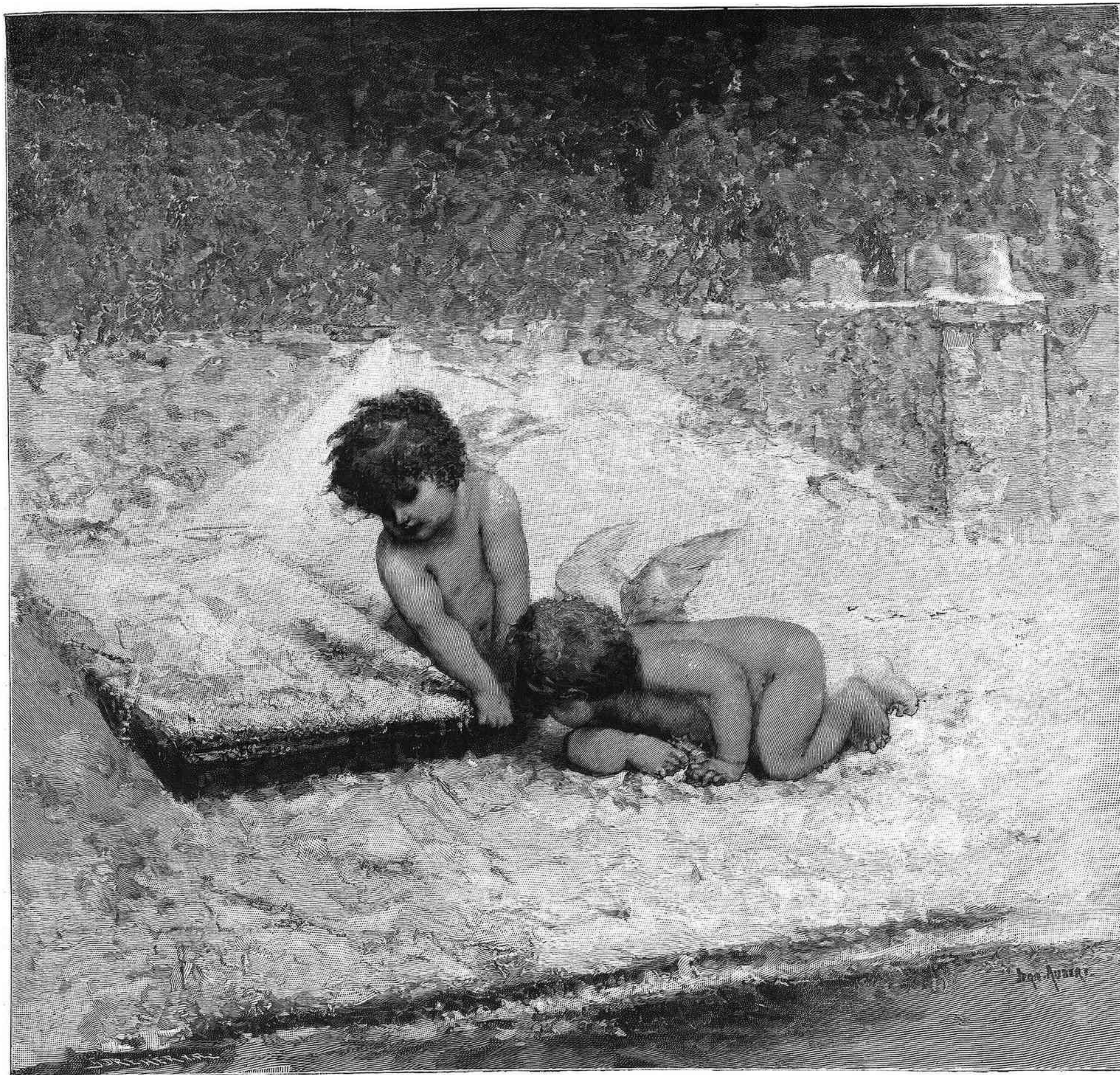
Todas las estaciones tienen sus encantos especiales: la primavera con sus flores, el verano con su vida exuberante, el otoño con sus melancolías y hasta el invierno con sus crudezas y sus rigores, cada una por su estilo nos presenta un aspecto de la naturaleza, siempre una y siempre varía, siempre bella en sus más diversas manifestaciones.

Y no solamente ofrecen asuntos hermosos al artista que se

limita a reproducir lo que ven sus ojos y aun lo que su corazón siente, sino que además prestanse de manera admirable a las obras puramente imaginativas o a aquellas en las cuales la fantasía se combina con la realidad. De aquí las innumerables alegorías que de las estaciones se han hecho y los motivos ornamentales sin cuento que, tomando como punto de partida el carácter de cada una de ellas, nos presentan en armónico consorcio los distintos elementos que las integran, con la particularidad de que siendo los temas aparentemente tan limitados, si el artista que los trata es artista de veras, halla siempre nuevas ideas y formas nuevas para exteriorizarlas.

Véase, en prueba de ello, el cuadro de Aubert que al pie de

estas líneas reproducimos: el pintor ha querido sin duda presentarnos una alegoría del invierno, y no puede negarse que ha logrado hacerlo de una manera original. Su obra encierra además un pensamiento ingenioso: esos dos geniecillos alados que en medio de la nevasca levantan una losa y miran curiosamente lo que deajo de ella se oculta, parecen querer penetrar el misterio de la naturaleza, ese misterio por virtud del cual cuando la tierra se ofrece a nuestros ojos más desnuda, más muerta, por decirlo así, es cuando en su seno se realiza ese maravilloso trabajo generador que ha de convertir la humilde semilla en tallo, en planta, en árbol, que más tarde se cubrirán de espigas, de flores y de frutos.



LA NEVASCA, cuadro de Juan Aubert

SUMARIO

Texto. — *La nevaska*, cuadro de Juan Aubert. — *La vida contemporánea*. Briznas, por Emilia Pardo Bazán. — *La viuda (cuento)*, por Francisco Pérez Mateos (*León Roch*). — *Agapito Vallmitjana*, por A. García Llansó. — *La cucaña*, por Carlos Ossorio y Gallardo. — *María Rosario Fernández* (*«La Tirana»*), por Angel R. Chaves. — *Nuestros grabados*. — *Miscelánea*. — *Problema de ajedrez*. — *Un misterio*, novela ilustrada (continuación). — *La artillería ciclista*, por el teniente coronel Delauney. — *Farmacia drabe*, por el Dr. F. Malmejar. — *El ferrocarril transiberiano*, por J. F. G. — *Proyectos de M. Santos Dumont*. — Libros enviados a esta Redacción.

Grabados. — *La nevaska*, cuadro de Juan Aubert. — Dibujo de V. Buil que ilustra el artículo titulado *La viuda*. — *El escultor Agapito Vallmitjana en su estudio*. — *Estatua de don Jaime el Conquistador*. — *Proyecto de monumento*. — *El luchador*, obras escultóricas de Agapito Vallmitjana. — *Arte y naturaleza*, cuadro de Gudmund Stenersen. — *Cabeza de estudio*, cuadro de Juan Brull. — *El invierno en la Riviera*. — *Entrada del casino de Monte Carlo*, dibujo de Renato Reinicke. — *Don Germán Gamazo*. — *D. Francisco Pi y Margall*. — Figs. 1 y 2. — *Ametralladoras Maxim*. — *Buenos días, vecina*, cuadro de José Pinelo.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

BRIZNAS

Misterios hay en la administración, cuyo velo tupido no desgarraremos nunca los simples mortales. Yo daría algo (somos aficionados a la investigación, aun comprendiendo su frecuente inutilidad) por saber la razón de que el ayuntamiento de Monforte anuncie la vacante de dos plazas de médico municipal, dotadas con el haber de 999 pesetas anuales cada una.

O mejor dicho, y para que no falte la debida claridad al discurso: daría algo por saber la razón de que ese ayuntamiento no ofrezca a sus médicos municipales las 1.000 pesetas redondas.

¿Será por economía? ¡Hombre, qué diantre! Una pesetilla no va, como suele decirse, a ninguna parte; una pesetilla a nadie saca de apuros.

¿Será por rebajarles los humos a dichos funcionarios, demostrándoles que su valer no alcanza a las clásicas 1.000 pesetas justas?

En fin, que no lo entiendo; y probablemente ya me quedará toda la vida con la curiosidad. Esa peseta menos será un enigma añadido a los muchos que en la gestión de los negocios públicos se alzan ante el profano, como otras tantas esfinges de papel sellado y de polvo expedientístico.

* *

La embriaguez no es en el hombre un estado diferente, en su esencia, del habitual; no difiere sino en la cantidad, por decirlo así. Cada cual sigue siendo quien era: sólo que se exalta y acentúa la personalidad. De ahí que existan esas llamadas *borracheras simpáticas*, en que el beodo siente desbordarse la generosidad y el espíritu caballeresco, y desea emprender toda suerte de fazañas y aventuras generosas y románticas, salir a la defensa de los oprimidos, erigirse en justiciero, tener unos brazos tan grandes que con ellos pueda abrazar amorosamente a los buenos y estrangular a los pillos. Si queréis conocer bien, a fondo, a una persona, estudiadla revelada por la embriaguez.

Extendiendo a la colectividad lo que digo del individuo, se verá que también es exacto, profundamente exacto. Aunque parezca cosa averiguada por los psicólogos y los penalistas que la muchedumbre desarrolla, mediante contagio, instintos criminales de que el individuo carece, lo cierto es que la masa no es otra cosa que la suma de las unidades, y nada hay en este conjunto que en la unidad no existiese, más o menos latente. Y cuando una multitud, ebria, sino de vino, de cólera, incurra en ciertos desmanes, decid con seguridad absoluta que dentro de los individuos fermentaba todo lo que al reunirse saltó por el aire como el corcho de una botella de Champagne.

* *

El estado de nuestra nación es tal, que donde nos reunamos ha de presentarse esa fermentación de malsanos elementos, que son al organismo nacional como las oxidaciones inficientes al cuerpo humano: impurezas que lo están abrumando y destruyendo. ¿Qué cosa más hermosa, a veces, que un motín de estudiantes? Generalmente los escolares no se soliviantan sino por motivos que llevan en sí algo de ese espíritu de idealidad que es patrimonio de la juventud. Bulle en ellos la savia de la esperanza, el anhelo de cosas grandes y rectas, que esperan conseguir con un día de efervescencia en las calles, con unos cuantos gritos, con pasajera resistencia a los poderes vigentes y a la autoridad constituída. Los

estudiantes, en otros países, son una fuerza expansiva al servicio de la libertad, de la ciencia y de la patria. Mas no por eso creáis que lo son o lo han sido siempre. Cuando la sociedad está degenerada o atrasada, si queréis juzgarla estudiadla en momentos de alboroto estudiantil. En Francia, por ejemplo, estaba atrasada la sociedad en lo que respecta a los derechos de la mujer. El criterio social consistía en procurar alejar a la mujer de las profesiones en que puede, conservando su honra, ganarse la vida. Se quería mantener el privilegio del varón, y cerrar a sus competidoras el camino de la decorosa subsistencia por la labor artística y científica. No se transigía con que hubiese médicas, boticarias, practicas, enfermeras, pintoras, adornistas, decoradoras de porcelana, telas y muebles, y mucho menos abogadas. Y para desahogar esta intransigencia, los escolares cometieron la indignidad de *abuchear*, como aquí diríamos, a las alumnas, sus compañeras, respetables doblemente, aparte del sexo, por la ley del compañerismo. «*Conspuez les femmes!*» fué el grito estúpido de aquellos bárbaros de la civilización... a medias — pues la civilización completa no excluye a la mujer en caso alguno.

* *

Ya ha cesado tan vergonzosa fermentación; ya las mujeres concurren a las aulas y a las Academias, encontrando las consideraciones a que son acreedoras. ¿Por qué? Porque la sociedad se ha saneado; porque la causa de la mujer ha ganado terreno insensiblemente; porque la cultura ha avanzado y marcado la huella de sus lindos pies calzados con airoso y fina sandalia griega en uno de los terrenos más refractarios, donde más se la rechazaba. — Los estudiantes no habían sido, al gritar «*Conspuez les femmes!*», sino unos dóciles seides de la tradición: parecían alborotadores y eran reaccionarios. Las multitudes suelen padecer esta enfermedad: creyéndose innovadoras, no hacen más que eternizar la rutina. Ese freno duro y rancio, que llevan sin darse cuenta de ello, las subyuga. Toda agrupación es lo que es la masa de donde procede. Los estudiantes de París, ¿qué eran? Franceses de 1895 y 1896.

* *

Los de Madrid son españoles de 1901, lo cual, aunque resulte más adelantado en fecha, es en realidad tener un siglo menos. No fueron los estudiantes como tal clase; fué la sociedad a que pertenecen, la España actual desdichadísima, la que prendió fuego a un tranvía y estropeó a un infeliz conductor, viejo y honrado, en mitad de la calle Ancha, casi frente al templo de Minerva, ó dígame la Universidad. La incultura, la barbarie de nuestro triste tiempo, se revelaron ahí de pronto como repugnante úlcera que descubre un brusco movimiento del enfermo alzando un paño. Jamás una sociedad en que las ideas morales y de altruismo estén arraigadas, en que la urbanidad y la delicadeza sean un hábito, en que ciertos espectáculos merezcan la reprobación general y subleven las conciencias; jamás esa sociedad verá surgir de su seno mozalbetes que peguen fuego a un coche y apaleen a un anciano. Otros alborotos, otras protestas, otros disturbios, se explicarán por la juventud; ese no se explicaría nunca en un pueblo educado. ¿Lo somos aquí? Respondan los hechos...

* *

Mariano de Cavia, que siempre está *al quite*, trata en un artículo del *Imparcial* una cuestión bibliotecaria, con un criterio que es exactamente el mío. — En la Biblioteca Nacional de Francia está vedado por el reglamento facilitar al público, sin justificación suficiente, sin probar que se piden para serios trabajos, novelas y dramas modernos. Confieso que esta prohibición me sorprendió muchísimo y me pareció no poco absurda, cuando la supe, hace muchos años, durante la época en que frecuentaba dicha biblioteca pasando en ella horas y horas del día. Es que entonces miraba yo a Francia (obedeciendo a una preocupación vulgar) como la Meca del progreso; y hoy, en este punto, he cambiado bastante de opinión. Tenemos que aprender de Francia, pero ¿cuánto puede aprender Francia aún de las naciones del Norte! Nuestra bella y grande «hermana latina» está en infinitos respectos metida hasta el cuello en el doctrinarismo, estacionaria, apocada de espíritu, y hay capítulos en que todavía no ha pasado de Luis Felipe. ¿A qué viene esa restricción, ese esconder novelas y dramas modernos? Lo primero que parece deducirse de ello, es que leer la novela y el drama de nuestros días, como no sea para escribir un estudio

crítico, constituye una especie de placer vicioso, algo que se les debe evitar a los lectores para que no estraguen la salud. ¡Cuidado, niño! ¡No leas eso, que es pecado y vas a condenarte! A menos que sea un malicioso prurito de condenar a la gente a lecturas que no la diviertan..., ó que los autores de ese reglamento estén contaminados del virtuoso horror a la novela, inspirador de las diatribas de algunos ultratimoratos, que vieron en ella una invención del enemigo, un veneno mortal para las muchachas casaderas y los estudiantes del Instituto. ¿Acaso no es la novela un género literario épico-lírico, que ha producido innumerables obras maestras, que ha venido a substituir por natural evolución a la canción de gesta, al romance, a las heroídas, a la misma historia, a la cual ha marcado derroteros y enseñado procedimientos? ¿Acaso no es el género literario que en nuestro siglo ha penetrado en las entrañas de la sociedad, y en el cual han brillado, como estrellas de luz distinta, pero de magnitud incontestable, Víctor Hugo y Jorge Sand, Balzac y Flaubert, Scott y Dickens — para no hablar sino de los muertos?

Y el drama, ¿no es otro género fecundo y brillante, en cuyo terreno se han reñido las más empeñadas batallas estéticas? ¿Acaso se han conchabado los bibliotecarios y los autores, para que los pobres estudiantes parisienses y los bohemios de escurrida bolsa no puedan conocer la literatura dramática contemporánea más que en el teatro, donde cuestan tan caros los asientos?

* *

¡Ah! Fomentad el vicio de leer, hasta ofreciendo premios. No creáis que existen *malas lecturas*. Gentes de pusilánime condición tiemblan ante la cubierta de un libro, como si fuese una bomba de dinamita. No hay libro malo: toda lectura es buena, toda lectura es preferible a la no lectura. La *única lectura mala*, es la *lectura única*. Como los fagocitos con los bacilos patógenos, unos libros neutralizan los efectos de otros libros, y leer sin cesar, es el remedio eficaz de haber leído algo.

* *

El medicamento de la libertad, no ensayado, tal vez nunca lleguemos a aceptarlo los latinos. Pugna con nuestras ideas; es repulsivo a nuestra mentalidad, a nuestro sentido peculiarísimo, de restricción y moderación, de orden artificiosamente establecido y conservado. La libertad es a veces un soplo franco y fuerte, a veces un huracán, a veces un terral cálido que todo lo abrasa; le tenemos miedo; no prestamos fe a sus beneficios.

Simbólicamente le llamamos *medicina* a la libertad... Consideremos la medicina. Los últimos adelantos de esta ciencia se basan en dos pilares fortísimos: libertad y naturaleza. Es curioso que la medicina demuestre lo que socialmente venimos recomendando: el valor curativo de la libertad.

Antaño, en toda enfermedad grave, ya se sabía: las precauciones consistían en cerrar herméticamente, en aislar al enfermo del aire exterior, en convertir su habitación en una especie de mazmorra ó sepulcro. Hogaño, se abren de par en par ventanas y galerías, dejando que entren a torrentes la luz y el aire del exterior. En todo aire *respirado* existen venenos. El aire se analiza como se analiza una substancia alimenticia, leche ó harina, por ejemplo, y se encuentran en él, según su grado de pureza, los principios deletéreos ó vitales.

Con el sistema de libertad, con el aire, el sol, el agua, la mortalidad ha disminuído, la medicina obtiene resultados maravillosos. Abrid así la inteligencia: lo único funesto es tabicarla. Leed, leed, leed...

* *

¿Os habéis olvidado ya de los boers? ¡Cuál será el heroísmo de ese pueblo, que durante tan larga guerra la atención no se ha fatigado y aún hay enérgicos movimientos de simpatía y entusiasmo hacia ellos y furiosos arrebatos de indignación contra sus opresores!

¿Os acordáis de nuestra guerra de Cuba? ¿De cómo los ingleses nos aturdirían los oídos predicando humanidad, a propósito de nuestros campamentos de reconcentrados? ¿De aquellos cuadros pavorosos de espectros y moribundos, víctimas de nuestra crueldad?

Pues era que se ensayaban para ejecutar en el Transvaal todo lo que nos atribuían en la Antilla. Caiga sobre sus hombros la chapa de plomo de los hipócritas.

EMILIA PARDO BAZÁN.



LA VIUDA

CUENTO

POR FRANCISCO PÉREZ MATEOS

(LEÓN ROCH)

ILUSTRACIÓN DE V. BUIL

Esto se va... Es necesario prepararle. Aquí sobra el médico

El mundo entero parecía que se desplomaba sobre ella para aplastarla con su inmensa pesadumbre. Todo caía arruinado de un golpe, desquiciado en un solo estallido; todo se desvanecía como miserable humareda, dejando por único recuerdo de la realidad adorable un rastro de dolor, el surco profundo de una amarguísima pena; el dolor de una vida segada en primavera temprana, de un amor muerto en albores de sol naciente, de un hogar sepultado en la sombra, asesinado... ¡Oh, qué grande, qué tremenda caída!

No fué el golpe rudo, brutal, de lo inesperado. La desgracia se anunciaba desde hacía ya bastante tiempo, y avanzaba paso á paso, sosegadamente, como segura de que la víctima no escaparía de su zarpa. La enfermedad hacía sus progresos naturales, apagando un átomo de vida cada día, desorganizando una fibra, matando un rayo de virilidad; cada nueva aurora traía para el enfermo y para ella la seguridad de un día perdido para la esperanza, de un paso de avance hacia la muerte. Pero en aquella lucha de la agonía prolongada, del dolor lento que nunca acababa de herir definitivamente, encontraba ella consuelos para su pena, un resto de esperanza que la alentaba. — Que viviera él, fuera como fuera, y ella quedaba contenta. Enfermo y todo, postrado en la cama, él representaba allí la vida, el porvenir seguro, el hogar firme en su base.

Cuando el médico, llamándola aparte con misteriosa reserva, dejó caer en su alma aquellas fatídicas palabras: «Esto se va... Es necesario prepararle. Aquí sobra el médico...», sintió ella que todas sus energías se derrumbaban, y ya no tuvo ánimo más que para llorar. — No; no era sólo el médico el que sobraba; muerto él, sobraba también ella. ¿Para qué vivir, si con él se acababa todo, su amor, su casa, su dicha?..

Las angustias del presente traíanla á la memoria las imágenes del pasado. Miraba hacia atrás y encontrábase en su vieja casa de soltera, con su madre viuda y sus hermanas, luchando con fieras incertidumbres, trabajando para sostener su decorosa miseria, y soñando, soñando con el porvenir dichoso del idealismo eterno. El camino en sombras se iluminaba después con dulces claridades, y ella realizaba sus sueños en aquella unión de las almas, santificada por Dios en un día inolvidable. Casada, no hubo ya para ella más que santas alegrías en el santísimo hogar de sus amores. Era un idilio monótono, soso, como decían sus hermanas, pero ¡tan tierno, tan risueño, tan honrado!.. Ella fué para él el ídolo, la virgen eternamente adorada en el altar de su alma; él para ella, su vida entera, su alma, su Dios. El intenso amor había borrado todo, pasado y porvenir; vivía sólo para el presente, para él, que fundía en su cariño toda la existencia.

Llegaba luego la lucha ruda de la enfermedad, soportada por ella con entereza admirable, sin sentir el menor cansancio, más solícita y más cariñosa cuando mayor debía ser la fatiga. Noches de vela interminable; días de trajín sin tregua; horas de agudo dolor, largas como siglos; momentos de terror que

parecían una eternidad. Firme en su puesto, fortalecida por su cariño, que lentamente se convertía en infinita piedad para aquella pobre juventud amenazada de muerte, sufríalo todo con valor heroico, sin separarse un instante del lado del enfermo, recibiendo todas las punzadas del dolor continuo, complaciéndose en devorar todas las angustias de su drama, amarrada al banco de su pena por las ligaduras de hierro de un amor sin límites. Cada momento de aquellos era una pena más, una nueva angustia, porque cada golpe de tos y cada quejido del enfermo parecía un poco de vida que se perdía, una esperanza que se escapaba. En medio del lento martirio, agonía de su alma, acariciaba, sin embargo, una esperanza, la triste esperanza de que no concluyera el tormento siéndole arrebatada la preciosa vida.

En presencia del marido disimulaba sus fieros temores; los ojos, acostumbrados ya á la hipocresía, quedábanse enjutos, y el dolor de dentro aflucía á los labios en sonrisas cariñosas para dar valor al enfermo; para dar valor ella, que estaba muerta de miedo. Redoblando su heroísmo, mientras la lucha continuaba sordamente en lo hondo, le alentaba con animosas palabras, engañándole como á un niño con mentidas esperanzas. El, agradecido, confortado por las frases de ternura, sonreía tristemente, frunciendo con gran esfuerzo los labios en una sonrisa que era una amarguísima mueca.

Llegó, al cabo, el supremo trance, sin dolor, sin asomo de angustia. Fué un tránsito de la vida á la muerte rápido, tranquilo, sin un solo retorcimiento, en el suspiro de un sueño sosegado y dulce. Era al amanecer, un amanecer brillante de lozana primavera; oleadas de luz multicolor invadían el espacio, atropellándose como si tuvieran gran prisa por conquistar el imperio de los cielos; las negras siluetas de las casas y los árboles destacábanse vigorosas, y la tierra entera resurgía del océano de sombras, coronada por las aureolas de flores de su santa inagotable fecundidad; en el ambiente respirábase, como esencia de vida, el poderoso vaho de salud que se escapaba de los robustos senos de la madre tierra. Todo revivía con energía indomable, en loanos brotes, mientras la pobre vida del enfermo se escapaba del pecho en un sollozo de niño, apagado, imperceptible... Vióle ella entornar los ojos y sintió que le apretaba las manos con fuerza; después hizo el enfermo dos hondas inspiraciones de aire, suspiró y quedóse dulcemente dormido. No tuvo fuerzas ella para gritar; ni una queja siquiera se escapó de su garganta; inclinada sobre él, besando tiernamente sus ojos con prolongados besos, se quedó también dormida, agobiada por la fatiga, vencida por la pena...

* *

El despertar fué un sacudimiento de terrible crisis nerviosa. Como imagen de una pesadilla acudió á su memoria la figura demacrada del muerto. Con ojos de loca miró en torno suyo, pero el muerto había desaparecido; desolada, corrió por toda la casa buscando al esposo como leona que busca sus cachorros,

registrando en todos los rincones, creyendo encontrar el cadáver escondido en cualquier resquicio; pero el pobre muerto, durmiendo ya en la sagrada tierra, habíase perdido para siempre. Cuando se convenció de ello, los nervios estallaron en formidables convulsiones que hicieron temer también por su vida.

No se la pudo hablar en muchos días. Aprovechando un descuido, se encerró en sus habitaciones para esquivar las miradas de todos, huyendo de sus hermanas, de su madre, en la triste compañía de su duelo. Obstínada en no responder á ningún llamamiento, negándose á todo, permaneció cerca de dos días sin tomar alimento, como si se condenara á morir de hambre; al segundo día hubo que echar la puerta abajo. Encontráronla casi exánime, y á viva fuerza le administraron unos caldos; después hubo necesidad de llamar al médico.

A la desesperación rabiosa de los primeros días sucedió el dolor tranquilo, silencioso, más hondo y más amargo que el dolor que estalla en la locura. En inalterable quietud vivió semanas enteras, á solas, recordando las páginas adorables del idilio y las dolorosas del drama, encontrando en cada cosa y en cada detalle un motivo para ahondar su pena. Como en los días felices, entraba ella en el cuarto del esposo para arreglarlo con amorosa solicitud; limpiaba los libros, los que fueron únicos amigos del muerto; arreglaba los cachivaches del escritorio y ordenaba los papeles, como si él hubiera de venir á ocupar su puesto en aquella mesa, á leer en aquellos libros y á escribir con aquellas plumas. Y el despacho del marido era para todos santuario que nadie osaba profanar, donde sólo ella penetraba para adorar el recuerdo del compañero y llorar á mares sobre los objetos que él acarició con sus ojos y con sus manos.

Eran inútiles cuantos esfuerzos se hacían para sacarla de la triste soledad en que se consumía poco á poco. Cariñosamente aconsejábanla la madre y las hermanas, poniendo en el empeño toda su ternura, pero infructuosamente. «Es una locura, hija mía... Te estás matando... Es necesario que procures consolarte, que te distraigas. Ya que no lo hagas por ti, hazlo por nosotras...»

Todo inútil. Obstínabase ella en vivir en su soledad y nada podía torcer su resistencia pasiva. Llegaban los parientes y las amigas á visitarla, y á nadie recibía. Todo le era indiferente; todo le producía disgusto y repulsión. Y así, viviendo en aislamiento absoluto, á solas con la imagen adorada, evocando memorias del pasado, recordando de continuo el triste amanecer de primavera que señaló el ocaso de su dicha, pasaba los días, sin dar más señales de existencia que las de su llanto, como si toda la vida de aquel cuerpo sin alma se hubiese encontrado en los ojos para deshacerse en lágrimas...

* *

El médico lo dijo terminantemente: «Quince días más de igual vida y esto ha concluido... Procuren ustedes que salga, que se distraiga, que olvide... El



EL ESCULTOR AGAPITO VALLMITJANA EN SU ESTUDIO

sol y el aire son los únicos remedios. Esto es sencillamente un suicidio...»

Ante sentencia tan decisiva no podía haber ya vacilaciones. Primero intentaron reducir la voluntad indomable por la persuasión, repitiendo las palabras del doctor, invocando otras mil consideraciones; pero la tenaz resistencia continuaba como antes... ¡Morir! Eso quería ella. Estaba de sobra en el mundo y quería irse muy lejos, muy lejos, donde no la molestara nadie.

Hubo entonces necesidad de apelar á la fuerza, sin consideración alguna. Y un día sacáronla de su encierro casi arrastrando, y entre la madre y las hermanas pusieronle el traje de luto y prendieronle el triste manto de viuda... No había remedio. Era necesario salir, tomar el sol, respirar el aire. Además estaban quedando mal con todo el mundo; había que devolver visitas; la gente murmuraría de ella y hasta pondría en duda pasión tan extremada...

Ella se dejó llevar á la fuerza, como si la condujeran arrastrada; abandonó el encierro y salió con sus hermanas... Al atravesar un gabinete, la luna de un espejo reflejó su figura entera: el cuerpo desmadrado, vestido desgarradamente, como si la ropa fuese colgada en una percha; la cabeza mal peinada, con las ondas en desorden; el rostro huesudo y terroso, que parecía salido de un sepulcro. Miróse casualmente en el espejo y se encontró horrible, casi repugnante...

Súbitamente reanimáronse en su espíritu los instintos de mujer cuidadosa de su belleza, y volviendo atrás, echó á correr apresuradamente. Tras ella corrieron las hermanas, temiendo alguna locura de la viuda inconsolable; pero la tranquilidad renació momentáneamente... La *viuda* había cedido el puesto á la *mujer*, que en un impulso de femenil coquetería arreglaba frente al tocador las descuidadas ondas del cabello y ocultaba bajo blanco polvo el terroso color de la cara enflaquecida...

LEÓN ROCH.

AGAPITO VALLMITJANA

Si el arte pictórico español y aun el regional cuenta, por fortuna, con tradición y escuela, no acontece lo mismo con la estatuaría, que carece en absoluto de tradición. Las obras verdaderamente magistrales de Montañés, Alonso Cano, Zarcillo y Berruguete han de estimarse únicamente como esfuerzos aislados, manifestación vigorosa de la genialidad de quienes las produjeron, ya que carecen de unidad y no aportan los elementos necesarios para constituir escuela. En igual caso y situación hallanse las producciones que posteriormente ejecutaron los imitadores

de Miguel Angel; de suerte que puede afirmarse que no dejaron continuadores, debiéndose quizá á la circunstancia de haber actuado bajo el dominio de exóticas influencias, sin adoptar elementos y conceptos que informaran las tendencias de las creaciones indígenas.

A los nombres de los grandes maestros que citamos, á los de aquellos artistas meritísimos, que

cialmente en Barcelona, á los celebrados Amadeo y al primer Campeny, de quienes se conservan obras que justifican su nombradía.

Compréndese, pues, por lo expuesto, cuán importante y difícil ha sido la misión de aquellos que iniciaron la escuela escultórica catalana, y cuán personales debieron ser sus aptitudes, ya que sólo á su propio esfuerzo, á su iniciativa y á su poderosa genialidad pudieron recurrir para formarse y sentar la base en que había de sustentarse la futura agrupación.

Alguien ha supuesto que los iniciadores inspiráronse en las creaciones magistrales del Renacimiento; mas no titubeamos en subrayar tal supuesto, porque aquellos que pudiéramos denominar precursores carecieron de antecedentes y aun de enseñanzas. De ahí que sea mayor el respeto que inspiran y la consideración que merecen. Y ciertamente que uno y otra los ha obtenido por completo Agapito Vallmitjana, que en unión de su hermano Venancio comparte la gloria de haber sido el fundador de la escuela escultórica de nuestra región. Su historia artística es una continuada serie de triunfos, no circunscritos á los resultados de un concurso, sino en el general aplauso del público, que siempre ha acogido sus producciones con entusiasmo. Su nombre lleva consigo el concepto de la maestría. Nacido al calor del renacimiento moderno, ha sido uno de sus más laboriosos é inteligentes campeones, debiendo á su ingenio y á sus raras cualidades la envidiable fama que ha logrado alcanzar. La mayoría de los que hoy se titulan sus compañeros fueron ayer sus discípulos, siendo de notar que todos reconocen su superioridad indiscutible, á que le dan derecho los largos años de preciosa labor y el testimonio fehaciente del mérito de sus producciones. Entre las primeras hemos de citar una de las dos estatuas de mármol que decoran la fachada del Banco de Barcelona, ejecutadas por indicación del que fué distinguido arquitecto y amigo querido D. José Oriol Mestres, y cuya colocación revistió entonces los caracteres de un verdadero acontecimiento, señalando nuevos rumbos á la decoración y marcando la asociación de la escultura en las sucesivas obras arquitectónicas. Sólo á título de curiosidad hemos de citar el hecho de que las mencionadas estatuas se labraron en la nave de la histórica iglesia de Santa Agueda, convertida después en Museo arqueológico provincial, que durante algunos años sirvió de estudio y taller á los hermanos Vallmitjana.

La venida á Barcelona, en 1860, de la reina doña Isabel II, inspiró á Agapito Vallmitjana otra de sus más celebradas obras, cual es la estatua de la soberana en la actitud de presentar al pueblo al que después hubo de sucederla con el nombre de D. Alfonso XII.



ESTATUA DE D. JAIME EL CONQUISTADOR, obra de Agapito Vallmitjana

siempre significan otros tantos timbres de gloria, sólo nos es dable agregar, en las siguientes centurias y entre el anónimo montón formado por los santeros, á Salvá, Ponzano y Piquer; y en Cataluña, y espe-

Difficil sería enumerar todas sus producciones, limitándonos á citar la hermosa estatua ecuestre de D. Jaime I que decora una de las plazas de la ciudad del Turia, el mausoleo de la vizcondesa de Corbalán en la misma ciudad, el Segundo Misterio y el Apostolado existente en Montserrat, algunos de los panteones que figuran en la necrópolis del Sudoeste y un considerable número de obras que sirven de preciado adorno en aristocráticas mansiones.

A pesar de ser casi el decano de nuestros escultores y de haber sido el maestro, según hemos dicho, de los que forman la juvenil falange, modela inspirándose en las corrientes modernas, y ni los años ni la acción del tiempo aminoran sus aptitudes ni producen decaimiento en su entusiasmo.

Dispuestos á ensalzar el mérito y á tributar el testimonio de respeto que nos merece la laboriosidad y el ingenio, ofrecemos al maestro y al amigo la sincera manifestación del que le dedicamos, convencidos de que Agapito Vallmitjana ha cumplido una honrosa misión, y su nombre figurará entre los de los artistas más distinguidos de nuestro país.

A. GARCÍA LLANSÓ.

LA CUCAÑA

Desde hacía un mes lo menos, en Villazopeque no se pensaba en otra cosa; no se hablaba de otra cosa; no se trabajaba para otra cosa. Las mozuclas acapa-

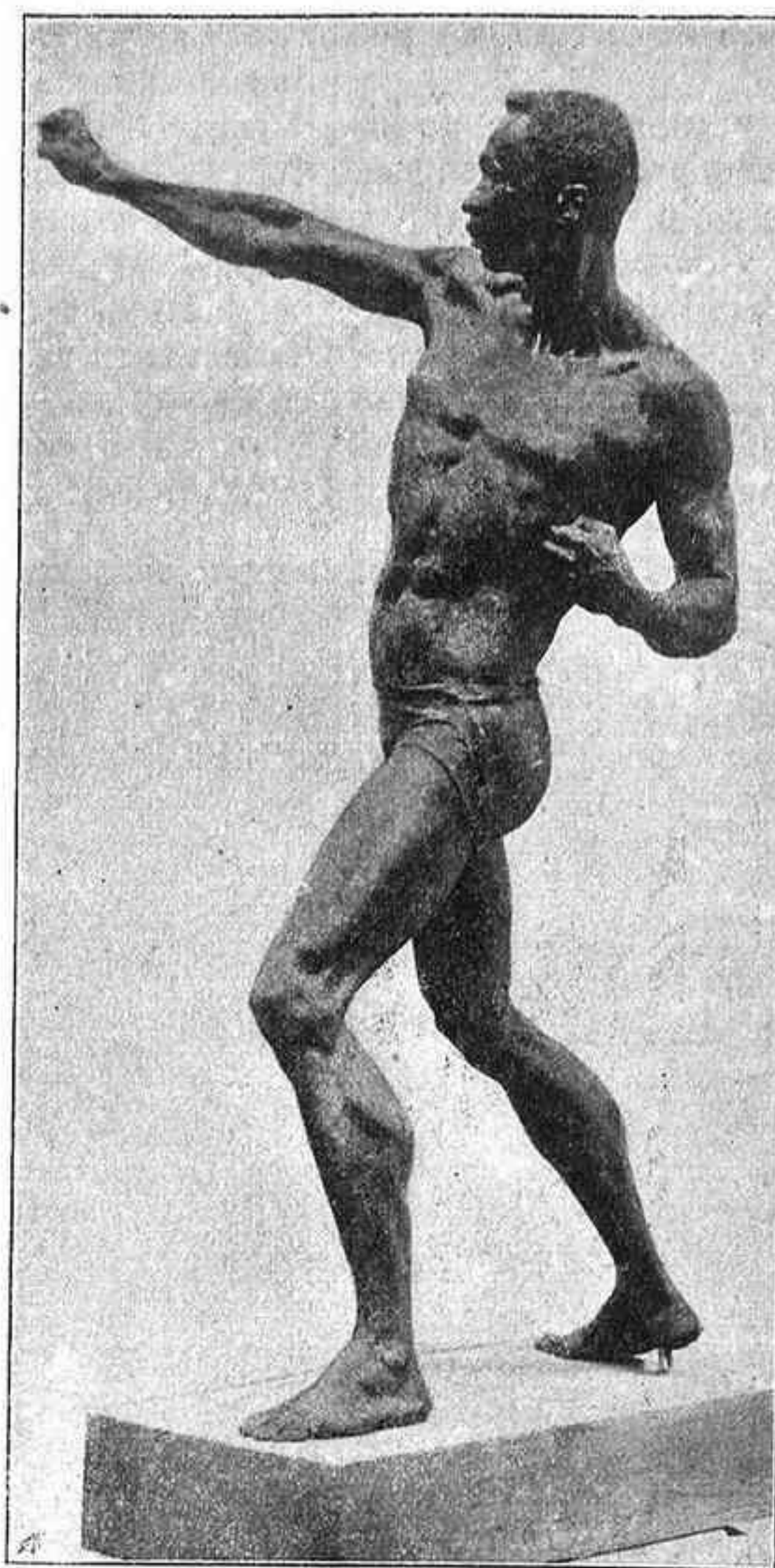
raban en los cajones de sus cómodas cintajos de todas colorainas y perendengues de todos estilos, habiendo hecho limpia general de cuantos artículos de esta índole tenía el especiero de la localidad en unión del vino, sebo, alpargatas, boinas, loza y otros comestibles, según rezaba en el escaparate un cartel que parecía escrito con una escoba; los chiquillos faltaban á la escuela para consagrarse á la honorable labor de rizar papeles de colores y confeccionar cadenetas con que engalanar las calles; el señor alcalde no cesaba de extender oficios, ya al pirotécnico encargándole la construcción de un vistoso castillo,

ficado temor de unas elecciones próximas por disolución de las Cámaras se hallaba recorriendo lo que él consideraba como sus dominios, propuso al alcalde la celebración de un nuevo festejo para el cual él regalaría hasta cincuenta pesetas como premio, á más de facilitar cuanto para el caso fuera necesario.

Consistía el tal en el establecimiento de una cucaña en el centro mismo de la plaza de la Constitución. Excusado es añadir que la idea fué acogida con entusiasmo y que desde aquel momento podía considerarse huésped de la cárcel el que no hiciese votos de dar los suyos eternamente al personaje que



PROYECTO DE MONUMENTO,
obra de Agapito Vallmitjana



EL LUCHADOR,
estudio de Agapito Vallmitjana

ya á la banda «La armonía melancólica» para que ampliase el número de piezas de su selecto repertorio con destino á los bailes públicos, ya á su mujer para que desempolvase la espléndida capa de paño fabricado en Santa María de Nieva y sin la cual su autoridad alcaldesca sufriría un menoscabo de un setenta y cinco por ciento lo menos; el sacristán limpiaba con polvos de Segovia los dorados de las imágenes, desluciendo los inconsiderablemente; los albañiles enjalbegaban de blanco las fachadas de las casas por orden superior; y en suma, todo hacía prever que la fiesta mayor de Villazopeque habría de dejar tamañita á la de Villabrutanda de Arriba, dar que sufrir á los vecinos de Villabrutanda de Abajo y obscurecer en absoluto la fama que dejaron las fiestas últimas de Villabrutanda de Enmedio, únicas y generosas aspiraciones de los honrados villazopequenses.

Por si algo faltaba, el diputado por el distrito, que en vacaciones parla-



Arte y naturaleza, cuadro de Gudmund Stenersen

tan rectas y elevadas miras tenía para el pueblo. Aquella cucaña colocaba las fiestas de Villazopeque al nivel de las de la cabeza del partido. ¡Ahora sí que rabiaban todos los brutandños habidos y por haber!

Llegó la víspera de la fiesta; sabíase que de los pueblos colindantes una buena piara de mozalbetes se aprestaban á disputar el premio del diputado, y en todos los tabernáculos de Villazopeque, sorbiendo copa tras copa, así los grandullones como los pequeños, sumaban bríos para no dejarse arrebatar la gloria del premio y lo que, aunque ellos dijeran que no, consideraban como más importante, cual era su importe; y á todo esto la cucaña no parecía.

Ya empezaba á cundir el desaliento entre los propios y la satisfacción entre los ajenos por la falta de la cucaña, cuando el alcalde, acongojado por no saber de dónde sacar el mástil para ella, fué á buscar al diputado para que le sacara de apuros y le hiciera al mismo tiempo entrega de las cincuenta pesetillas acordadas. Para otro que no fuera un padre de la patria, la petición de armatoste semejante constituiría un verdadero problema, pues regularmente no es costumbre viajar llevando una cucaña en la maleta. Pero para un diputado no hay nada imposible, y el nuestro, es decir, el de Villazopeque, no era hombre que se amilanase por cucaña más ó menos, y como quien hace la cosa más natural del mundo, sacó al alcalde del apuro mandando que bajo su responsabilidad se cortase para el objeto un poste cualquiera del telégrafo. El conflicto, pues, quedaba solventado; y aun cuando las comunicaciones sufriesen alguna interrupción, además de que siempre hay tiempo para inventar un criminal autor de la fechoría, lo primero y principal era que en Villazopeque no faltase el festejo prometido. Y ante una razón tan poderosa, ¿qué significaba todo lo demás? Y en efecto,

poco después de tomada tan radical resolución, en el mismísimo centro de la plaza quedaba erigida la cucaña, ante el pasmo de un nutrido círculo de chiquillos boquiabiertos que contemplaban extáticos, y aumentada por su pequeñez la colosal altura del madero, en cuyo extremo, con todos los resplandores de la fortuna inaccesible, figuraba el bolsón con las cincuenta del pico.

La cucaña, completamente revestida de jabón, parecía, al herirla los rayos del sol, un enorme espejuelo cuyos reflejos ofuscaban á los mismos que en secreto medían sus fuerzas para escalarla.

Así fué que anunciado por el pregonero á son de trompeta y con derroche de elocuencia el momento de comenzar el asalto, todos los mozarrones de Villazopeque y sus contornos, formando animados grupos, se limitasen á dar vueltas en torno del mástil, azuzando al compañero para emprender la ascensión y proponiendo apuestas de todo lo que tenían y mucho más, á que no serían los follones del bando

contrario y el pueblo enemigo los que se chuparan la breva. Solamente algunos pequeñines, desconocedores de la magnitud de la empresa, se atrevían á abrazarse á la cucaña pretendiendo subirla y logrando sólo llenarse de jabón los pantalones y demostrar la existencia de un ser sobrenatural, protector decidido de los huesos de los muchachos. La diversión, pues, tan esperada llevaba las trazas todas de quedar reducida al prototipo del aburrimiento, si la sobrina del alcalde, moza garrida y que por lo visto sabía hermanar su vanidad personal de enamorada con el crédito que á su juicio debía siempre acompañar á la alcaldesca vara y en particular siendo su tío quien la usufructuaba, no hubiera dicho al mozalbete que

aquel día, y se dirigió al mástil, en cuya cima él podía alcanzar dinero y novia.

La multitud, al ver aquel conato de arrojo, quedó por el momento sorprendida, traduciendo después su sorpresa en un murmullo general, que subiendo poco á poco de tono al pobre muchacho, le dejó tan atontado como si un golpe de mar le hubiera dado en las sienes. Pero dispuesto á jugarse el todo por el todo, dirigió una última mirada á la sobrina del alcalde, como brindándole la hazaña; se untó manos, pies y piernas con barro y resina, y comenzó la ascensión con la mayor fortuna en medio de la expectación general.

Las masas populares, dígame lo que se quiera, tienen

un instinto de bondad indiscutible; su primera inspiración ante todo lo noble, lo grande, lo valeroso ó lo arrojado, es siempre de justicia seca; así fué que grandes y chicos, hombres y mujeres, tanto de Villazopeque cuanto de las tres Villabrutandas, dando rienda suelta á su admiración, alentaban con sus aplausos al joven á cada abrazada que éste, sudoroso y febril, daba en pos de la meta.

— ¡Hala, hala!.. ¡Bravo, chico!.. ¡Arriba!.. ¡Que te falta poco!.. ¡Anda, valiente!.. ¡No te canses!..

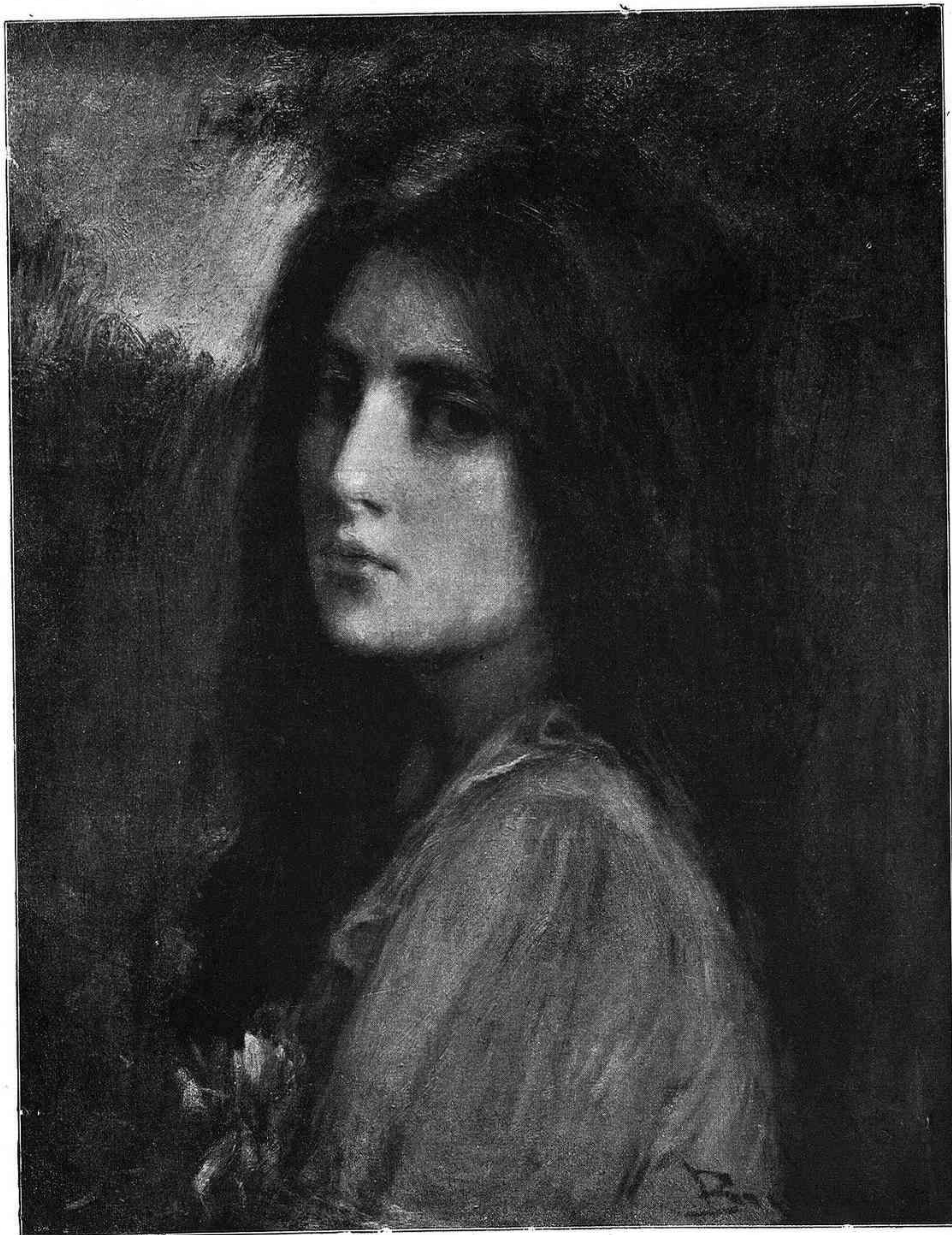
Estas y otras exclamaciones, acompañadas de frenéticos aplausos, enardecían la sangre del mancebo, excitando sus músculos y calentando sus nervios. Ya le faltaba poco; desde la altura en que se hallaba, todo el mundo le parecía pequeño... No pudo seguir adelante, y queriendo descansar para tomar nuevos bríos, engarabité sus piernas en la cucaña como si fuera un orangután..., contempló el poco espacio que quedaba por recorrer y aspiró el hálito de intranquilidad y zozobra que le enviaba el pueblo soberano que desde abajo tenía en él clavados los ojos. Intentó de nuevo emprender la ascensión; pero como si instantáneamente un narcótico le hubiera desaba-

rrotado los miembros, en lugar de proseguir hacia arriba, se deslizó por la cucaña hasta el suelo con la misma suavidad que una gota de agua se desliza por el mármol. Y aquel numeroso concurso, viendo rodar al que por un momento consideró como un héroe, prorumpió en un silbido estentóreo, fenomenal.

La sobrina del alcalde, que en cuestiones de mundo no sabía de la misa la media, al ver todo lo que le había ocurrido á su galán aquella tarde, fué á contar sus cuitas al maestro de escuela, hombre grave y reposado, el cual para consolarla le dijo:

— Por pocos años que vivas, y quiera Dios que sean muchos, tendrás los bastantes para convencerte de lo que le ha ocurrido á tu novio, y es: que la humanidad, desde que existe, siempre ha tenido por sistema despreciar cuando están caídos á los mismos que halagó cuando estaban en la altura.

CARLOS OSSORIO Y GALLARDO.

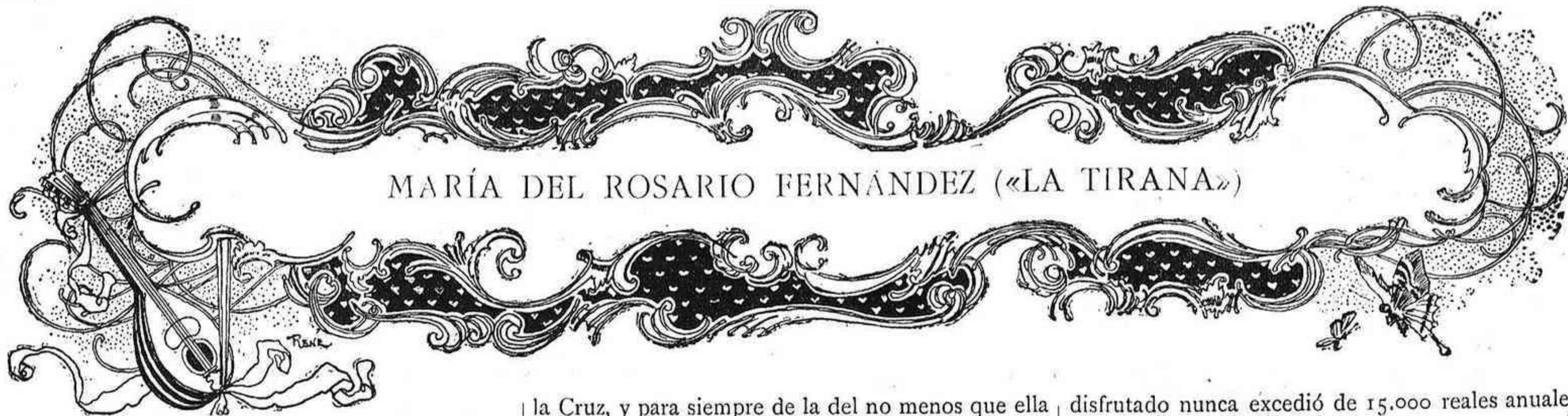


Cabeza de estudio, cuadro de Juan Brull

de noche la cantaba seguidillas al pie de su reja y de día no la dejaba á sol ni á sombra, estas ó parecidas palabras:

— Es una mala vergüenza para el pueblo lo que hoy está pasando aquí. Si yo en lugar de llevar sayas llevara calzones, á estas horas el premio estaría en mi bolsillo. Tiene razón mi tía: los hombres no servís para nada. Si tú quisieras hacer méritos á los ojos del alcalde, no tenías más que lograr el bolso; pero desde ahora, y viendo que no eres hombre ni na, puedes ahorrarte el trabajo de darme más serenatas.

No puedo precisar lo que pasaría por el interior de aquel chicarrón á quien la cucaña venía por tabla á desvanecer sus ilusiones. Lo que sí es cierto, es que probando una vez más que todo lo vence el amor, sin decir siquiera «esta boca es mía,» colorado como una manzana, miró de hito en hito á su presunta novia, y en un arranque de pundonor se quitó las alpargatas y el chaquetón flamante que estrenaba



MARÍA DEL ROSARIO FERNÁNDEZ («LA TIRANA»)

Toda su vida debió recordar el orgulloso y dominante Isidro Máiquez un episodio que allá por los comedios del año de 1791 le acaeció en el coliseo del Príncipe, donde a la sazón, si bien no había pasado de ocupar el modesto *partido de galán cuarto*, ya los aplausos habían comenzado a despertar en él aquella soberbia que fué disculpable sombra que empañó más de una vez el clarísimo cielo de su altísima y bien cimentada fama.

La compañía de Manuel Martínez disponía de uno de los más aparatosos dramas del tan fecundo como malhadado ingenio de D. Luciano Francisco de Comella — que por la fecha de su estreno bien podía ser el rotulado *María Teresa de Austria*, — y a Máiquez le tocó en suerte en el reparto de papeles caracterizar un personaje que si en el resto de la obra tenía escasa importancia, en la primera jornada debía decir una relación de tan altisonante conceptismo y de tan épicos y enrevesados alientos, que a poco esfuerzo bien podía contar un mediano comediante con electrizar con ella a un público tan pagado del relumbrón como lo era no poca parte del de aquel entonces.

El gran Isidoro, que lo comprendió así, estudió con tanto cariño la heroica relación, que al decirla en uno de los ensayos con un énfasis de que más tarde se fué curando poco a poco, esperó calurosas frases de felicitación de sus compañeros y aun del autor de la compañía; pero lejos de ello, una mujer de hermosa y arrogante figura, de correctísimo y trigüño rostro en que brillaban dos ojos negros de mirada altiva y avasalladora, se volvió a él y en breve é imperativo acento se limitó a decirle:

— No es eso. No ha entendido usted la parte que se le ha repartido; y como ya no es fácil que dé con el tono propio de la tirada de versos que acaba de *destrozar*, deje por esta vez el papel a quien pueda interpretarlo mejor, y procure para otra ser más afortunado.

Isidoro debió ponerse pálido hasta la lividez; pero sin replicar soltó el cuadernillo de papel de barba que estrujaba convulsivamente entre las manos y salió del ensayo.

No faltó quien creyera que desde el coliseo se dirigiría el futuro gran comediante a casa del corregidor D. José Antonio de Armona en solicitud de que la Junta protectora del Teatro le relevara de sus compromisos con la compañía de Martínez; pero con gran sorpresa de todos, Máiquez no dió paso alguno en este sentido, y aun dícese que de allí en adelante escuchó hasta sumiso en más de una ocasión los consejos no siempre suaves de aquella que tan duramente había reprendido al que fama adquirió después de no dejarse avasallar por nada ni por nadie.

Para ello había dos poderosas razones. La primera era que el claro talento de Máiquez debió caer en la cuenta de que no era del todo injusta la observación; y la segunda, que la reprensora estaba con razón reputada por tener aquellos mismos humos, no sólo con los cómicos de la compañía de que en unión de Martínez era ella misma autora, ó empresaria, como diríamos ahora, sino hasta con los alcurniados señores ó estirados garnachas que, según es fama, aspiraban a escuchar en la realidad las mismas ternuras que en las más serenas regiones del arte tenía *Raquel* para Alfonso de Castilla ó *Marta la Piadosa* para el domine Berrio.

Porque el apodo de *La Tirana*, con que el vulgo, y el que no era vulgo, conocía a la sin par Rosario Fernández, no era debido sólo al despótico dominio que tan singular comediante ejercía sobre el público, haciéndole reír ó llorar a su antojo, sino que más bien es posible que dimanara de un carácter dominante é inflexible, que lo mismo contribuyó tal vez a fomentar los disgustos domésticos que obligaron a su marido Francisco Castellanos a pedir el divorcio, que no consiguió, que a apartarla por algún tiempo de la amistad del inmortal sainetero D. Ramón de

la Cruz, y para siempre de la del no menos que ella avasallador y mucho más atrabiliario y díscolo don Leandro Fernández de Moratín.

Y esto no dejó de darle serios disgustos, debidos a que no siempre tropezaron sus desplantes con almas rectas y generosas, como la del gran Isidoro y el no menos grande D. Ramón de la Cruz. Moratín, tanto la odió a ella como a su protegido Comella, no desdenó alguna vez hacerse eco de rumores más ó menos calumniosos, y sus chistes, no siempre tan ácidos como su vanidad sospechaba, corriendo, si no escritos, de boca en boca, llegaron a atribuir a los disturbios matrimoniales que afligían a Rosario causas que más debían radicar en mezquindades y avaricias del obscuro y olvidado Castellano, que no en liviandades nunca probadas de la que le dió hasta honra uniendo su nombre al suyo.

Prueba de esta verdad es un dato en que nunca quisieron fijarse los difamadores de la ilustre comediante. Cuando en 25 de junio de 1780 salió de Barcelona, a pesar del empeño que en retenerla en aquella capital mostraban el corregidor de la ciudad y el capitán general del Principado, fué en virtud de una orden del rey obligándola a dejar su familia, para representar en los teatros de la corte, en virtud de la cual se le abonaron después 2.340 reales por importe del coche que la había conducido, y otros 330 como dietas correspondientes a los once días que duró el viaje, a razón de 30 reales diarios.

Y que los disgustos con su marido no debían ser grandes en aquella sazón, lo demuestra el que al ofrecérsele el *partido de sobresaliente de verso con obligación de suplir a las damas primera y segunda*, como encontrara mezquino el sueldo asignado a él, suplicó en memorial dirigido a la Junta que la dejara volver a Barcelona, donde por tener Francisco Castellano en arriendo un teatro, tenía puesto de primera y de autora.

El ilustrado corregidor debía encontrar justas las razones del memorial, puesto que cohonestando los mandatos de S. M. con el derecho que a la solicitante asistía, Rosario salió a las tablas en Madrid con el *partido y emolumentos de primera dama*. Pero el que estos últimos no eran excesivos, ó que por lo menos no tomaban los actores de entonces el *prístamo* que ahora acostumbran, lo dice el que para vestir la escena con el decoro necesario a su clase tuvo que recurrir a la esplendidez de la duquesa de Alba, a quien sólo conocía de haber oído elogios de sus labios cierta vez que fué a representar delante de la Corte al Real Sitio de San Ildefonso.

La ilustre heredera del título de los Alvarez de Toledo, no sólo la recibió con marcado agasajo, sino que la hizo donativo de ricos trajes y hasta de joyas de valor que a su presentación excitaron el asombro de los espectadores y la envidia de sus compañeros de profesión.

En cuanto a sus supuestas aventuras galantes, ni hay dato alguno serio que las compruebe, ni el estado de su hacienda hace creer que aceptara nunca las cuantiosas ofertas que más de un encopetado magnate hizo en más de una ocasión a su mucha hermosura.

Demuéstralo el que si llegó a reunir hasta tres mil duros, que fueron los que por escritura otorgada en 7 de marzo de 1788 ante el escribano D. Juan Villa y Oller entregó a Manuel Martínez como participación en la empresa que éste tenía a su cargo, cuando se vió atacada de la enfermedad al pulmón que había de terminar su vida, se resistió, por temor a la pobreza que la aguardaba, a abandonar su profesión, hasta el extremo de llegar a excitar general lástima al verse que una tarde no pudo acabar la tragedia *Asdrúbal* que estaba representando, *rendida a la fatiga y gravedad de su mal*.

Este, sin embargo, adquirió tales y tan alarmantes proporciones, que en 8 de enero de 1794 la obligó a solicitar su jubilación, que le fué concedida el 5 de abril siguiente.

Pero claro es, la que el mayor sueldo que había

disfrutado nunca excedió de 15.000 reales anuales, podía haber hecho escasos ahorros, y en 1797 se vió precisada a solicitar la plaza de *cobrador de lunetas* que había quedado vacante por fallecimiento de María Guerrero que la sirvió desde 1754; y aunque obtuvo tal merced, sólo la gozó tres años, puesto que en la Pascua de Resurrección de 1800 se le quitó por haber decretado la Junta que *ningún cobrador* pudiera tener *sustituto*.

María del Rosario que, después de una breve estancia en Sevilla, residía en Madrid en compañía de la sola hija que tuvo y de la que nunca se había apartado, en vista de este quebranto y del sufrido con la pérdida de lo mejor de su vestuario y joyas, acaecida en un incendio que años antes consumió la casa en que vivía, parece que tuvo propósito de volver a pisar las tablas. Pero era ya tarde. La dolencia que la apartó de la escena había hecho en ella no menor estrago que los años; y la incomparable comediante, cuyos trágicos acentos habían hecho olvidar el flexible talento de la nunca bien llorada María Ladvenand; aquella *Tirana* que no dejó al gran Isidoro subir a su altura, ni sospechó que Rita Luna pudiera ni igualarla en la memoria de las generaciones venideras; la que había tendido su mano generosa a desdichados como Comella y a inmortales ingenios como D. Ramón de la Cruz, acabó sus días tan obscura y olvidada, que tal vez no llegaron a una docena las personas que acompañaron su feretro a la parroquia de San Sebastián, en que por hermana de la congregación de Nuestra Señora de la Novena debía recibir cristiana y hoy obscurecida sepultura.

De su marido sólo se sabe que después de la venida de Rosario desde Barcelona a Madrid, la abandonó tan por completo, que sólo cuando la creyó en la opulencia se decidió a buscarla, protestando de *mejorar de conducta para con ella* y consiguiendo una vez en Madrid y siempre por mediación de su mujer una plaza de *mancebo de aposentos*. Pero a esta atención correspondió indignamente, entablando de allí a poco la demanda de divorcio de que ya hemos hablado y que el vicario y el Consejo desestimaron por la *notoria injusticia que se declaraba en las providencias*.

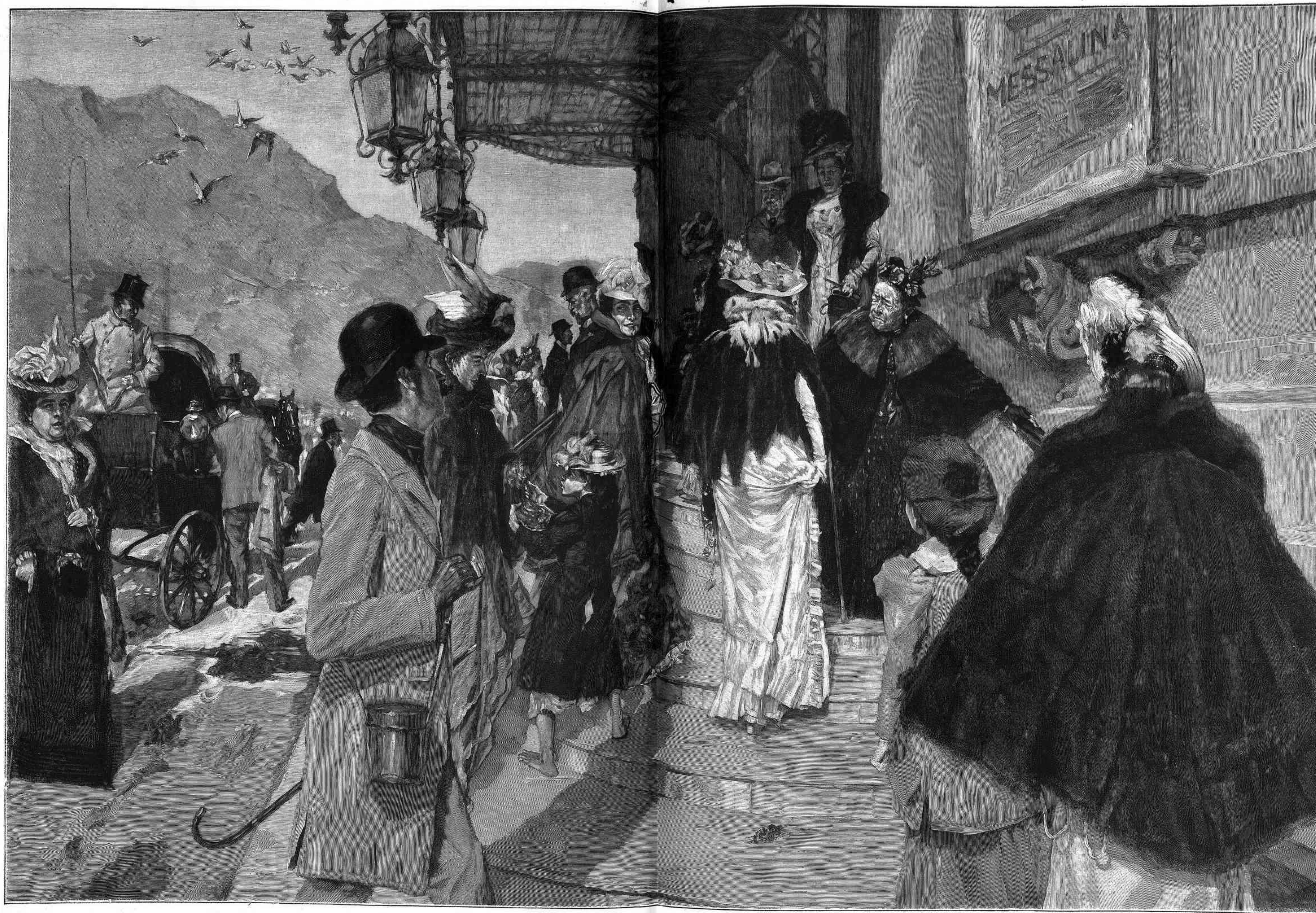
Después de todo, la historia tiene su justicia inexorable. De las calumnias de los contemporáneos, de las mezquindades del insignificante Francisco Castellano, no queda otra memoria que unas cuantas notas sacadas por algún curioso de entre el polvo de olvidados archivos, mientras que imborrables viven y vivirán eternamente las glorias escénicas de María del Rosario Fernández, conocida en su tiempo por *La Tirana*.

ANGEL R. CHAVES.

NUESTROS GRABADOS

Arte y naturaleza, cuadro de Gudmund Stenersen.—El desarrollo del arte dinamarqués puede decirse que es de nuestros días, ya que en 1888 un crítico francés señaló la evolución que en él se estaba realizando, como elemento nuevo para la historia de la pintura en general. A pesar de ello, los progresos por los artistas daneses realizados, han sido tan rápidos, que ya en la Exposición universal de París de 1900 presentaron un conjunto de obras que fueron unánimemente celebradas, no sólo por sus excelencias individuales, sino además porque revelaban la existencia de una escuela nacional con carácter propio. Entre ellas figuraba el cuadro de Stenersen que reproducimos, y que así por su asunto como por su factura confirma la afirmación que dejamos sentada. En este lienzo revélase, por otra parte, que el arte de aquel país ha entrado de lleno en las tendencias modernas, buscando en la expresión de la realidad ese algo indefinible que hace que el pintor no se limite a copiar lo que ve, sino que ponga en ello su alma, comunicando a los demás el sentimiento que aquella visión en él despertara.

Cabeza de estudio, cuadro de Juan Brull.—La hermosa cabeza de estudio que reproducimos, cual todas las que produce el distinguido pintor catalán Juan Brull, llevan impreso el sello de su personalidad. La gama especialísima que amasa en su paleta contribuye poderosamente al misterioso encanto que las envuelve, confundiendo y armonizándose la



EL INVIERNO EN LA RIVIERA.—ENTRADA DEL CASINO DE MONTE CARLO, DIBUJO ORIGINAL DE RENATO REINICKE

cualidades del artista que siente y concibe, con la habilidad del pintor que ejecuta con singular maestría. El concepto hállase asociado á la técnica; y al examinar cualquiera de las producciones á que nos referimos, no cabe abstraerse á la agradable impresión que producen, ni se halla dispuesto el ánimo para establecer los jalones que determinen el campo de acción del artista y del pintor.

D. Germán Gamazo.—Fué un hombre de arraigadas convicciones, de vastos conocimientos, de móviles levantados; figuró en el partido liberal, en donde hubiera podido esperar tranquilamente la herencia de la jefatura, disfrutando en tanto que ésta llegaba de los puestos más eminentes, y prefirió seguir los impulsos de su conciencia, que de algunos puntos de doctrina y sobre todo de los procedimientos de aquel partido le separaban, para formar un grupo de amigos incondicionales que más que luchar por el poder ha querido siempre ejercer una acción fiscalizadora de los gobiernos y sembrar en el pueblo la simiente de sus ideales, dejando al tiempo la labor de fecundarla y hacerla germinar.

D. Germán Gamazo nació en Boecillo, provincia de Valladolid, en 1838, y después de haber cursado con gran brillantez la carrera de Derecho en la universidad valisoletana, fué á Madrid en 1863, ingresando en el bufete de D. Manuel Silveira, en donde se reveló muy pronto como excelente abogado y como hombre de extraordinaria laboriosidad. En 1871 entró en la vida política, siendo por vez primera elegido diputado por Peñafiel y obteniendo más tarde la representación de Medina del Campo, distrito que desde entonces representó sin interrupción hasta el momento de su muerte. Perteneció á la fracción del Sr. Alonso Martínez, y no tardó en conquistarse fama de eminente orador parlamentario; poco después ingresó en el partido fusionista, al que prestó grandes servicios, lo mismo desde los bancos de la oposición, que desde el banco azul, en donde se sentó en varias ocasiones como ministro de Fomento, de Ultramar y de Hacienda; dejando señalado su paso por estos ministerios, especialmente en el de Hacienda, con la implantación de notables reformas. Después de un período durante el cual, si bien permaneció dentro del partido del Sr. Sagasta, conservó en él un criterio propio, separóse en 1899 definitivamente del fusionismo, habiendo desde entonces mante-



D. GERMÁN GAMAZO,
fallecido en Madrid en 22 de noviembre último

nido una actitud independiente, que sin duda, más ó menos tarde, le habría llevado á la presidencia del Consejo de Ministros.

D. Francisco Pi y Margall.—El ciudadano benemérito, el patricio eminentísimo que acaba de bajar al sepulcro, era, políticamente considerado, algo más, mucho más, que el jefe de un partido y el apóstol de una idea; era la encarnación de la integridad y del desinterés; un ejemplo vivo de consecuencia y de modestia; un modelo de patriotas que, adorador ferviente de la verdad y de la justicia, sólo en estas virtudes inspiraba sus actos y sus palabras, y hacia esos ideales marchaba tranquilo, impasible, sin que le envenecieran jamás los aplausos de los que con fe ciega le seguían, ni pudieran nunca desviarle de su camino las censuras y los ataques injustos de quienes abominaban de las que unos llamaban ideologías y otros doctrinas disolventes. Dotado de una inteligencia privilegiada, conocedor profundo de la filosofía de la historia, razonador frío y sereno, fué en más de una ocasión profeta de nuestras desdichas, y comprendiendo el abismo adonde nos llevaban las exaltaciones de un mal entendido patriotismo, dejó oír su voz elocuente advirtiendo el peligro y señalando los medios para evitarlo, en momentos en que tales manifestaciones podían

ser calificadas, como por no pocos lo fueron, de desvaríos de un loco ó de excitaciones de un traidor. Este era Pi y Margall: tenía como ningún otro hombre público el valor de sus convicciones, valor que se reflejaba en sus oraciones parlamentarias, en sus libros y en sus artículos periodísticos. Se le llamó el hombre de hielo, cuando su corazón estuvo siempre abierto á los más tiernos sentimientos, á las aspiraciones más levantadas y cuando ardió siempre en entusiasmo por la belleza, á la que rindió apasionado culto en sus dos grandes manifestaciones, el arte y la literatura, creando obras imperecederas en las cuales palpita el alma de un pensador, de un artista y de un poeta: su continuación de los *Recuerdos y bellezas de España*, su *Historia de la pintura en España*, y su *Discurso preliminar á la colección de Obras del P. Juan Mariana*, publicadas en la «Biblioteca de autores españoles», perpetuarán, en el expresado concepto, la memoria de Pi y Margall.

Su *Historia general de América*, sus *Estudios sobre la Edad media* y otros cien trabajos valiosísimos, diseminados en revistas y periódicos, le acreditan de sabio eruditísimo, de historiador profundo é imparcial, que penetra en lo más hondo de los hechos, no para exponerlos simplemente, sino para estudiarlos en sus causas y en sus efectos, buscar sus relaciones y descubrir su enlace, y deducir de ellos las debidas enseñanzas.

Como escritor político, deja *Las Nacionalidades*, su libro más popular, y *Las luchas de nuestros días*, obras que constituyen una exposición admirable de los ideales del partido que acudillaba.

Como orador, sus magistrales discursos en el Parlamento, en las academias y en los ateneos serán siempre considerados como verdaderos trabajos clásicos.

Trazar su biografía nos parece innecesario después de lo que dejamos expuesto. Nació en Barcelona en 1824 de familia humilde, y ha muerto en 1901 siendo una de las más grandes figuras de nuestra patria y uno de los mayores y más legítimos prestigios de nuestra historia política: póngase entre estas dos fechas una vida consagrada enteramente á la práctica del bien, al estudio, al trabajo, á la propaganda de sus ideas, que le llevaron en 1873 al puesto de presidente de la República, y se tendrá hecha la biografía del hombre universalmente respetado.

LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, que se honra con la amistad y la colaboración de Pi y Margall, dedica con estas líneas el más sentido y sincero tributo de cariño y admiración á su memoria.

El invierno en la Riviera. La entrada del Casino de Monte Carlo, dibujo de Renato Reinicke.—La naturaleza, la mano del hombre y la moda, todo ha contribuido á dar fama á ese pedazo de costa del Mediterráneo que se conoce con el nombre de Riviera y también de Costa de Azur; pero á buen seguro que todo ello no habría bastado para hacer de aquellos lugares la estación de invierno aristocrática por excelencia, si no existiera allí ese paraíso del vicio que se llama Monte Carlo y en él el tristemente célebre casino en donde se rinde espléndido culto á una de las más terribles plagas que afligen á la humanidad, el juego. No incurriremos en la vulgaridad de escribir unas cuantas lamentaciones sobre este asunto: á los jugadores no les convencen los razonamientos; ni siquiera les convence la realidad de los hechos. ¿Cómo, si no, acudirían cada año por millares á un establecimiento cuyos beneficios anuales se elevan á 25 ó 30 millones de francos, que de ellos han de salir, porque ellos son los únicos que alimentan al monstruo? Y sin embargo, todos llegan allí llenos de ilusiones, todos esperan obtener los favores de la loca fortuna, sin pensar que la fama que todo lo pregonaba no ha podido hasta ahora poner un solo nombre de un enriquecido al lado de los incontables de los arruinados. Dícese que el Casino de Monte Carlo tiene dos puertas: una llamada de la Esperanza, otra de la Muerte; por la primera entran todos; por la segunda salen muchos.

El notable dibujante alemán Renato Reinicke se ha inspirado para su preciosa lámina en la puerta de la Esperanza, y con su lápiz admirable nos presenta una escena llena de vida, de carácter, con tipos arrancados del natural, que son como personificaciones de los distintos elementos que forman el abigarrado conjunto de aquella concurrencia.

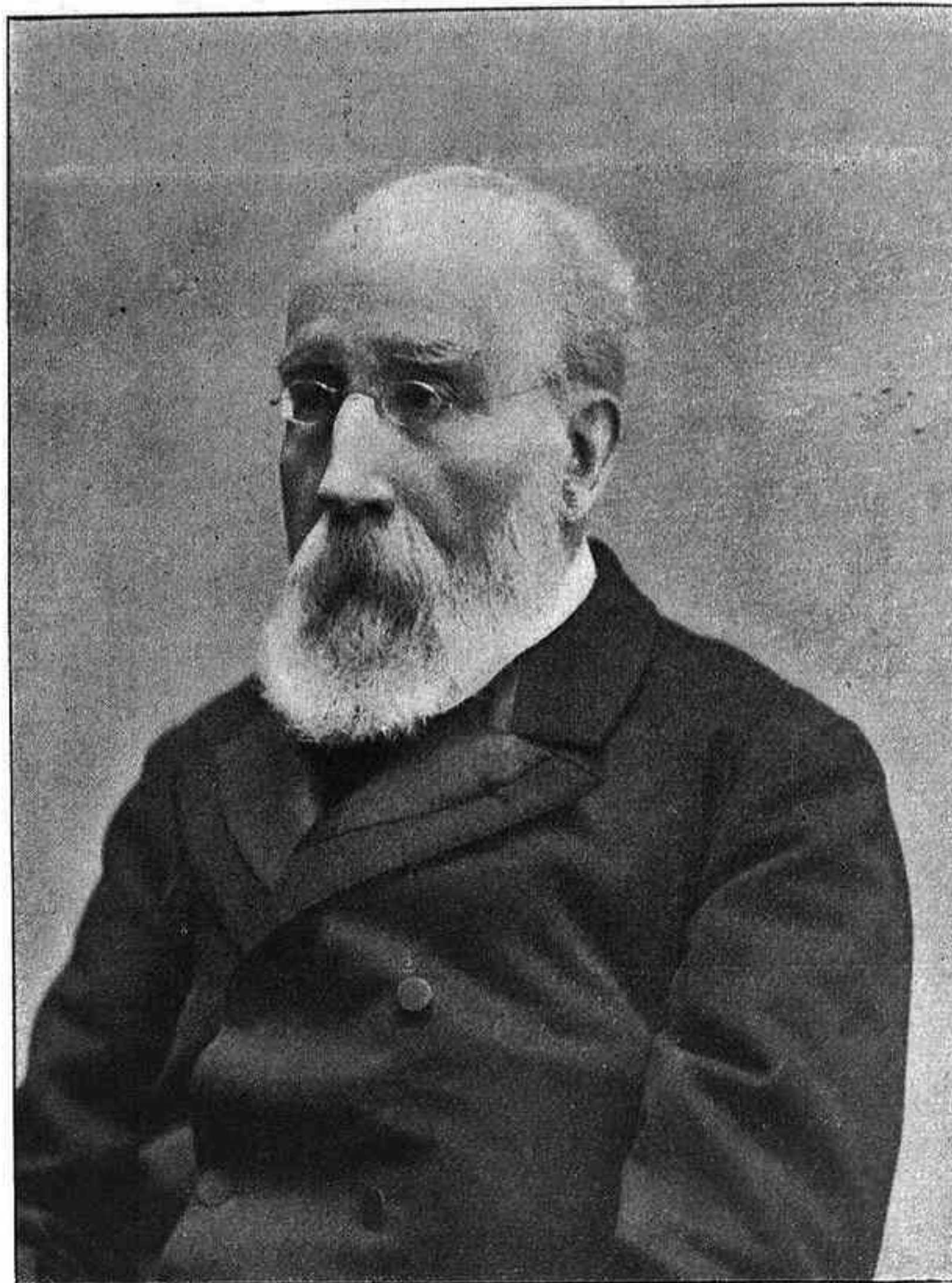
Buenos días, vecina, cuadro de José Pinelo.—Una escena sencilla y casi trivial ha servido al laborioso artista sevillano José Pinelo para producir una obra agradable y simpática, un cuadro de marcado sabor local, que cual todos los suyos revelan sus cualidades y propósitos. Conforme han podido observar nuestros habituales lectores, Pinelo, al igual de otros pintores de la misma región, complácese en reproducir escenas, cuadros y tipos andaluces, cual si les alentara el deseo de dar á conocer en forma bella aquel rincón privilegiado de la península, en donde todo brilla y sonríe y parece como si cobrara nueva vida. El cuadro á que nos referimos resulta un hermoso y acabado estudio.

MISCELÁNEA

Teatros. — París. — Se han estrenado con buen éxito: en la Comedia Francesa *L'ennemi*, comedia en dos actos de Pablo Hervieu; en Noveautés *Le bon moyen*, comedia en tres actos de Alejandro Bisson; en Porte-Saint-Martin *La Pompadour*, comedia dramática en siete cuadros de Emilio Bergerat; en el Athénée *L'auréole*, comedia en cinco actos de J. Chancel y E. de Grosse; y en los Bouffes-Parisiens *Le nez qui remue*, comedia bufa en tres actos de M. Soulié y E. de Grosse. En la Opera Cómica se ha estrenado con gran aplauso *Griselidis*, inspirada ópera de Massenet.

Barcelona. — Se han estrenado con buen éxito: en Romea *Un marit modelo ó el pa de casa*, comedia en un acto de J. Nogué y Roca; *Elena*, comedia dramática en tres actos de F.

Figueras y R. Salaber, y *La cotorra del convent*, pieza en un acto de Emilio Boix; en Novedades *El apóstol blanco*, drama en cuatro actos de D. Ramón Pomés; y en el Eldorado *La diligencia*, zarzuela en un acto, letra de D. Miguel Echegaray, música del maestro Caballero, y *Filguero chico*, zarzuela en un acto, letra de D. Adolfo Luna y música de los maestros Calleja y Lleó. En el Liceo ha sido muy aplaudido el tenor señor Palet en *Lohengrin* y *Aida*, habiendo sido también muy aplau-



D. FRANCISCO PI Y MARGALL,
fallecido en Madrid en 29 de noviembre último

didos en la primera de estas óperas el maestro Fischer y las señoras Bordalba y Parsi y el Sr. Arcangeli, y en la de la segunda al maestro Barone y las señoras Popovici y Borisoff.

Necrología.

Han fallecido: Martín Blumner, notable compositor berlinés, miembro de la Academia de Bellas Artes y director honorario de la Academia de canto de Berlín.

Ernesto Zimmermann, celebrado pintor de género, de historia y de asuntos religiosos de Munich, profesor y miembro de honor de la Academia de Bellas Artes de aquella capital.

Hugo Degenhard, notable paisista muniquense.

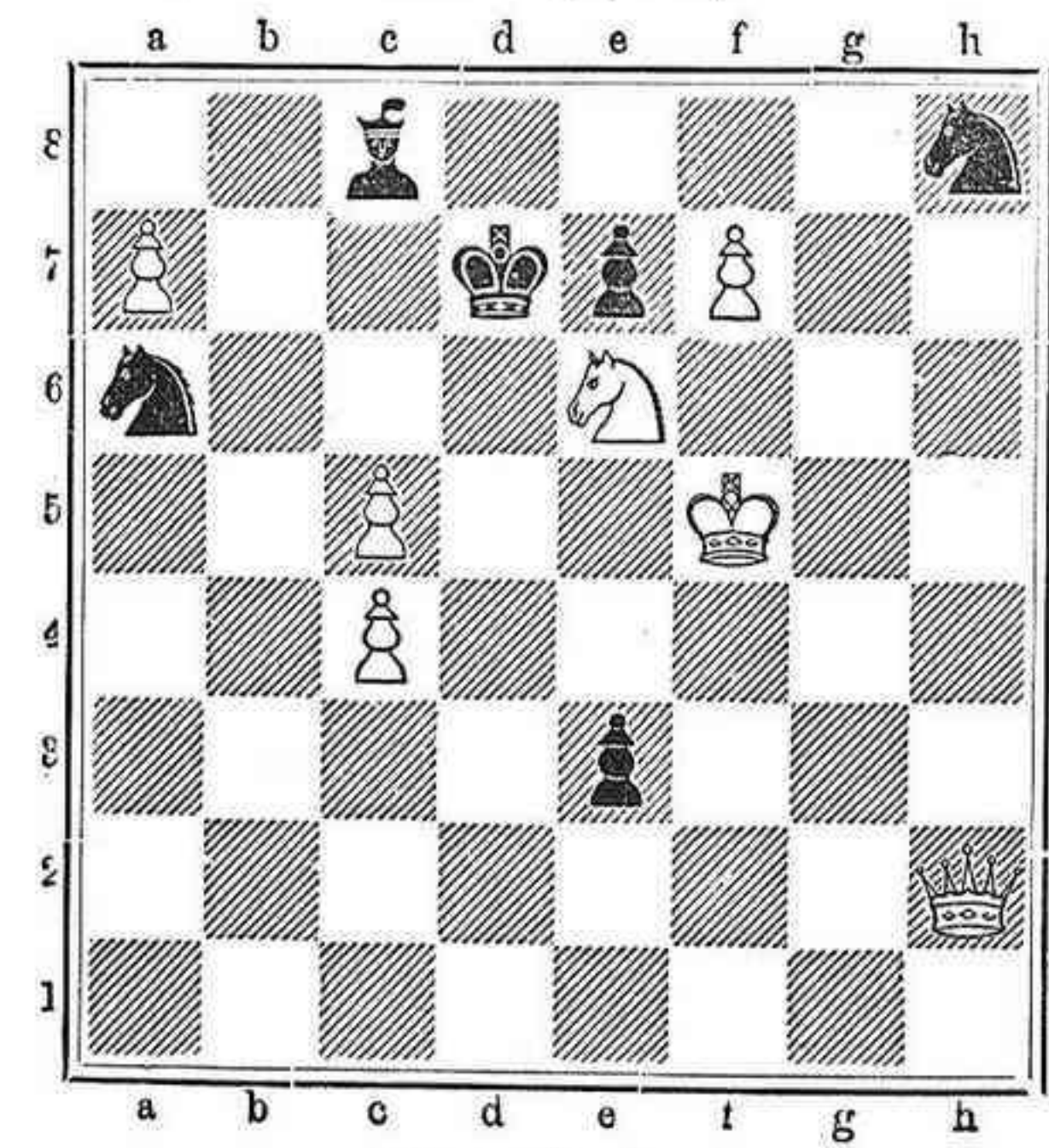
Pablo Martín, pintor de género y retratista de Munich.

Juan Carlos Stein, notable escultor dinamarqués, ex director de la Academia de Bellas Artes de Copenhague.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 263, POR H. VON GOTTSCHALL.

NEGRAS (6 piezas)



BLANCAS (7 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 262, POR F. HEALEY.

- | | |
|-----------------|----------------|
| Blancas. | Negras. |
| 1. Tc8—c7 | 1. Ac1—f4 |
| 2. Cd7—b8 | 2. Cualquiera. |
| 3. Cb8—c6 mate. | |

VARIANTES

- 1..... Ac1—e3; 2. Cf1—g3, etc.
1..... Ac1—d2, b2, a3; 2. T toma C jaque, etc.



... les acompañó hasta la puerta de la calle y se quedó mirándolos hasta que volvieron la esquina

UN MISTERIO

NOVELA POR HENRY GREVILLE. — ILUSTRACIONES DE MÉNDEZ BRINGA

(CONTINUACIÓN)

Benoist tomó con aire resuelto el brazo de Estrella, apoyándolo en el suyo, pues temía que cayese desfallecida.

— Muchísimas gracias, señora y señor, dijo. Suplicamos á ustedes que nos dispensen y les deseamos buena noche.

El salchichero, un tanto sorprendido al ver terminada tan bruscamente la conversación, les acompañó hasta la puerta de la calle y se quedó mirándolos hasta que volvieron la esquina.

Cuando estuvieron fuera del alcance de las miradas de aquella gente, Teodoro se volvió hacia su compañera, que se había dejado conducir casi sin fuerzas.

— Está usted temblorosa, le dijo con la mayor dulzura; pero es preciso seguir andando, pues nos miran.

La joven, sin contestarle, anduvo hasta llegar al hotel, que por fortuna no estaba lejos. Una vez en éste y en su gabinete azul, se dejó caer casi exánime en el sillón.

— Necesita usted descanso, dijo Teodoro dando un paso para salir de la estancia.

La joven le miró con expresión de suprema energía.

— Partamos hacia Mont-Saint-Michel, dijo, esta tarde, ahora mismo, si hay tren...; que no tengan tiempo de avisar á Rosalía, pues pudiera huir. Estoy ahora segura de que ha hecho algo horrible y no podría conciliar el sueño antes de haberla encontrado.

— ¡Sea!, se limitó á contestar Benoist, saliendo inmediatamente con objeto de disponer los preparativos necesarios para el nuevo viaje.

XXXI

Poco antes de anoecer, partía de aquella estación el tren, llevando en un departamento de primera clase á Estrella y á su amigo, solos, realmente solos, por primera vez desde que tenían conciencia de su recíproco amor.

Se habían colocado uno enfrente de otro; la joven, apoyando la cabeza en el respaldo de su asiento, procuró dormirse; pero al cabo de algunos minutos

abrió de nuevo los ojos, encontrándose con que Teodoro le dirigía una mirada de ternura que la conmovió profundamente.

El joven trató de hablarla, pero el ruido del tren impedía que se oyese; entonces fué á sentarse al lado de Estrella, permaneciendo ambos silenciosos y contemplando á través de la ventana abierta cómo desfilaban los bosques y eriales blanquecinos que componen el paisaje bretón, alumbrado en aquellos momentos por una débil claridad de luna que se hallaba en su cuarto creciente.

El ambiente tenía una suavidad y un encanto primaverales que influía con fuerza en sus ánimos; los juncos y las retamas todavía floridos brillaban en grandes grupos, merced á la tenue luz que sobre ellos caía; de los riachuelos ocultos bajo los sauces se desprendía un delicado murmullo, que flotaba ligeramente alrededor de las ramas todavía desnudas de hojas, entre las que la tierra parecía esconderse tímida, como una joven novia envuelta aún en el traje nupcial.

La situación de Estrella ofrecía alguna semejanza con aquel hermoso espectáculo de la naturaleza. El alma de la joven salía también del sombrío invierno; sea lo que fuere lo que ocurriese en lo sucesivo, era amada y amaba sin que nadie pudiera arrebatárle esta inmensa riqueza de que era poseedora.

Mecida por el movimiento del tren, sentíase llevada á un punto que no era por cierto Mont-Saint-Michel, sino las regiones del amor, lo que no la causaba el más mínimo espanto. Su casamiento podía ser aplazado hasta fecha incierta; pero no se preocupaba de esto, al ver que era entretanto amada y protegida. Las agitaciones del pasado habían sido substituidas por una serenidad tal, que no lograba turbarla la idea de hallarse tan cercana una revelación acaso horrorosa.

Benoist, que adivinaba confusamente sus pensamientos, no se atrevía á interrumpirlos; tan altos y sagrados eran á su juicio. De vez en cuando cambiaban una mirada y una sonrisa, y volvían á entregarse á sus reflexiones. En una estación donde el tren se detuvo algunos minutos, un soplo de aire frío penetró en el departamento, mientras como el eco de

un alma enamorada atravesaba el espacio el poético canto de un ruiseñor.

Estrella se incorporó, lanzando un suspiro y dirigiendo al exterior una mirada. El tren volvía lentamente á ponerse en marcha; llegaron aún á sus oídos algunas de las notas agudas lanzadas por aquella ave; luego no oyó más que el sordo ruido que producían los vagones al rodar sobre los rieles. Entonces se volvió hacia Benoist, que le tendía las manos, en las que apoyó las suyas, sintiéndose turbada y feliz al mismo tiempo.

— Me pertenece usted, Estrella, le decía el joven en voz muy baja, á pesar de lo cual su compañera le oía perfectamente. He sufrido mucho por usted, más que usted por mí, porque la odiaba y usted era demasiado buena para que pudiese hacer lo mismo conmigo. La he aborrecido, creo, desde su boda...; mientras Raimundo me hablaba de usted aquel día, le escuchaba con cierta prevención; quería creerle cegado por su amor; hubo un instante en que dominando violentamente mis verdaderos sentimientos, me dije: «Sería una inmensa lástima que esos dos simpáticos seres no fuesen felices uno con otro»; pero en seguida surgió en mi mente un mal pensamiento: ¿deseaba que no fuese usted dichosa! Cuando vi á Raimundo yacente, sin vida, casi no me atrevo á decirlo, ignoro si á mi dolor se unía una especie de satisfacción... Sí, Estrella, se me ocurrió la idea, no en aquellos momentos, sino poco después, de que ya no le pertenecería usted, y me persuadí de que era una aversión instintiva la que me había guiado... Deseaba á usted el mal; y en mi interior, casi voluntariamente, la calumnié... ¿Sonríe usted en lugar de despreciarme?... ¿Ha comprendido usted que aborreciéndola la amaba?..

La joven le miraba con los ojos llenos de lágrimas. A lo lejos en tanto seguía desfilando lentamente el paisaje bretón — pues para los horizontes extremos no hay trenes expresos; — el cielo continuaba claro, sereno y con ese color gris especial que tiene en las regiones próximas al mar. El joven continuó:

— ¿Amar á usted? ¡Esta idea no podía tener cabida en mi cerebro! ¡Hubiese sido verdadera locura! Confieso á usted que nunca pensé en ello. Pero ¡cô-

mo la odiaba! ¡Esto solo podía hacer que me explicase por qué el recuerdo de usted no se alejaba de mí un solo momento! Me esforzaba por persuadirme de que mi afecto hacia Raimundo me imponía el deber de perseguir á usted, y encontraba en hacerlo un goce malvado, una acre voluptuosidad que no puede usted suponer...

Estrella le escuchaba casi sonriendo y con indecible expresión de confianza. ¡Cuánto debía amarla, para exponerla con tanta sinceridad los sentimientos más recónditos de su espíritu!

— ¿Sabe usted, prosiguió Benoist, cómo he sabido que la amaba? ¡Mi madre me lo ha dicho! ¡La querrá usted mucho, Estrella, pues no ha tenido usted jamás mejor amiga! Desde el día en que la confesé mis sospechas, no ha cesado de defender á usted. Ese sobre..., ¡cuántos pesares y sufrimientos me ha ocasionado!.. Ella me aconsejó desde el principio que se lo entregase á usted. ¡Si la hubiese atendido, le hubiera quizá evitado á usted muchos disgustos! Pero comprendía vagamente que si se lo entregaba á usted no iba á tener ya pretexto para perseguirla, para acordarme de usted á cada momento... Estaba ciego, estaba loco... ¡La aborrecía y la adoraba á usted al mismo tiempo!

— ¡Amigo mío!, murmuró la joven permitiéndole que llevase á los labios las manos que le había tendido.

La joven las retiró suavemente. Acababa de extinguirse la lámpara del vagón, despertando la semi-obscuridad que en él reinaba el pudor de la joven, que dirigió sus miradas hacia Occidente, donde quedaba un pálido reflejo de luz.

— El día que va á amanecer, dijo Teodoro, proporcionará á usted acaso una preocupación para todo el resto de su existencia: es posible que la envuelva en una falta ó un crimen; de todos modos, no estará usted ya en adelante en la misma situación de ánimo que en este momento; habrá ocurrido algo que deje en el ánimo de usted una impresión imprecisa... Antes de que ese instante llegue, quiero decir á usted, como se lo repetiré más adelante: suceda lo que quiera, la amo, tengo confianza y será usted mi esposa...

— ¡Ah!, exclamó Estrella, dominada de pronto por la mayor angustia. ¡Por qué me ha abandonado Raimundo! Sea cual fuere la causa de su pesar, lo mismo si era crimen que vergüenza, debió vivir para protegerme y ser mi defensa. Aun después de muerto no puedo perdonarle: al dejarme la responsabilidad de su conducta, desertó de sus banderas, faltando por completo á su deber. Sé lo que va usted á decirme...; no lo diga usted. Nada, se lo aseguro, puede hacer que olvide la falta que ese hombre cometió para conmigo, que me casé con él sin amor y con el solo objeto de que fuese feliz.

— Está muerto, observó Benoist con acento dulce.

La joven inclinó la cabeza sobre el pecho y cerró los ojos, guardando silencio. Teodoro adivinó que rezaba.

El tren iba aminorando su marcha; el ambiente ofrecía marcado olor marítimo; el cenit veíase tachonado de estrellas. La joven viuda abrió los ojos.

— Adorada mía, le dijo su compañero de viaje, sea cual fuere nuestro destino futuro, el día que termina nos ha ligado indisolublemente; á partir de hoy, ante Dios y ante nuestra conciencia somos esposos.

— Así sea, contestó gravemente Estrella.

El tren en tanto se había detenido: ambos viajeros se apearon en el andén, desierto á hora tan avanzada. Benoist, á pesar de los esfuerzos que porque se quedara en aquel punto hicieron los dependientes de la fonda, despertó á un cochero que estaba medio dormido, colocándose en el destartado carruaje que aquél guiaba y que un cuarto de hora después rodaba con dirección á Mont-Saint-Michel.

Sentados uno junto á otro, y sintiendo una tranquila dicha que disipaba sus preocupaciones, pusieron en camino durante aquella clara noche de últimos de mayo, suave y pura como la respiración de un niño. Un ligero vientecillo rozaba suspirando los antiguos peñascos puestos en la parte baja de los terrenos ganados al mar; espesuras de juncos y tamarindos se hallaban esparcidas por distintos puntos de aquellas desiertas llanuras. Aquel paisaje tan triste durante el día, presentábase á la débil claridad de las estrellas con un poderoso y singular encanto.

La Vía láctea se extendía en el firmamento como una catarata luminosa que cayese en un abismo insondable, muy lejos de la tierra, pareciendo sin embargo hallarse muy cerca, casi al alcance de la mano, á pesar de la inmensidad que separaba unas de otras las constelaciones. De pronto, Estrella divisó el mástil y los aparejos de una barca, que se destacaban en el horizonte hacia su izquierda.

— Estamos ya muy cerca, le dijo Benoist en voz baja.

Desde que habían salido de Pontorson no habían cambiado una sola palabra. El cochero seguía avanzando la marcha de la caballería con la voz y con el látigo. Al volver un ángulo del camino, se ofreció libre ante sus ojos una vasta extensión de terreno.

— Mire usted, dijo Benoist.

La silueta de Mont-Saint-Michel se destacaba sobre el fondo del firmamento, con una limpieza prodigiosa, á pesar de la obscuridad de la noche. Era en la época de las grandes mareas; el agua del Océano, tranquila, sin una sola onda, bañaba las antiguas murallas del pueblo, reflejando su color de plata las estrellas del cenit y de oro las que se hallaban mar adentro. Las herraduras del caballo hollaron las piedras del muelle, y poco después, sin que hubiesen casi tenido tiempo para advertirse de ello los viajeros, se abrían para dejar paso al coche las robustas puertas de la fortaleza.

A pesar de lo avanzado de la hora, encontraron un alojamiento; quince minutos después de su llegada á la población, hallábanse instalados en una casa próxima á las murallas que rodean aquélla. Cuando se separaron para entregarse al descanso, los dos jóvenes se estrecharon silenciosamente la mano.

Estrella al llegar á su habitación abrió la ventana. La tierra formaba en el horizonte una línea negra, distinguiéndose con bastante claridad una cadena de colinas situada hacia el Norte; más cerca centelleaba el mar reflejando los fulgores de las estrellas.

Unos minutos después de hallarse la joven contemplando el espectáculo de la naturaleza, pudo advertir que el mar iba retirándose con bastante rapidez, mientras iban poco á poco desapareciendo los astros en él reflejados, para dejar su puesto á la arena grisácea; en algunos puntos los aguazales conservaban todavía chispazos del fulgor de alguna estrella, que no tardaban en desvanecerse, en tanto que un rumor, débil como el de un gemido ahogado, anunciaba el misterioso movimiento de las aguas.

Sobre el punto donde se hallaba Estrella se oyó una voz contenida: la de Benoist que había sido instalado en el piso superior.

— Las estrellas se van, dijo interrumpiendo con voz muy baja el silencio de aquella noche inolvidable, unas tras otras como viajeros cansados que de sean dormir... Así deben alejarse también vuestros pesares y vuestras inquietudes...; pero allá arriba los astros permanecen con su impasible calma..., como el amor inmortal... Descanse usted, Estrella, sin temor alguno.

— ¡Gracias!, respondió la joven con voz débil como un suspiro.

Luego cerró la ventana, entregándose al más apacible sueño.

XXXII

Las campanas despertaron á Estrella, que se dirigió inmediatamente á la ventana de su dormitorio. El día no podía tener aspecto más alegre: los pájaros cantaban en los árboles; los jardines, situados al abrigo de las murallas, embalsamaban el ambiente con sus perfumes, y las golondrinas, lanzando píos de triunfo, revoloteaban alrededor del antiguo pueblo. La joven se vistió rápidamente.

Algunos momentos después llegaba una criada con una bandeja conteniendo el servicio necesario para el desayuno, consistente en café con leche, que colocó en una habitación contigua á la en que la joven se hallaba, y que por no estar ocupada podía ésta convertir en salón para su uso particular.

— Voy á decir á su señor hermano que baje á tomar el desayuno, dijo la muchacha.

Estrella sonrió: efectivamente, no siendo Benoist su marido, no podía ser otro que su hermano. Esta idea, que rendía justo tributo á su pureza, le produjo la misma impresión que si le hubieran ofrecido manos inocentes una flor delicada.

Benoist bajó al cabo de algunos segundos. También el joven se había calmado, hallándose ya su ánimo todo lo claro y resuelto que era preciso para llevar á feliz término la difícil empresa que se proponía. Con pocas palabras explicó á su compañera de viaje su plan de campaña.

— Confíeme usted el sobre, dijo: si Rosalía no está dispuesta á confesar, podré atemorizarla más fácilmente que usted. Si hay por saber algo doloroso, yo podré hacer á usted menos cruel la pena..., á menos que no quiera...

— No puedo tener secreto que no deba usted conocer, contestó Estrella con firmeza. Obre usted como si de sí mismo se tratase. Le esperaré aquí.

Teodoro salió á tan temprana hora, en los portales de casi todas las casas antiguas y bajas que forman

la única calle de Mont-Saint-Michel había dos ó tres criaturas rubias, coloradas y moletudas, que comían con buen apetito sendas rebanadas de pan con manteca y que miraban con confianza á aquel señor parisiense. Éste, cuando llegó junto á la iglesia parroquial, se detuvo indeciso: una sola casa que en nada se diferenciaba de las demás, no tenía niños en la puerta ni en las ventanas, antes al contrario, herméticamente cerrada, parecía que nadie la habitase.

— ¿Vive por aquí Rosalía Tétel?, preguntó Teodoro á una vecina que estaba dando de comer á unos polluelos.

— Allí es su casa, contestó ésta señalando la de aspecto triste; pero está oyendo la misa que no tardará en concluir.

El joven, después de haber dado las gracias á aquella mujer, esperó, sin que por un solo momento el verle en aquel punto turbase la indiferencia del vecindario, ya muy acostumbrado al placer de albergar forasteros en el pueblo. Al cabo de unos diez minutos, empezaron las mujeres á salir una á una de la iglesia. Benoist las miraba atentamente con la seguridad de que los datos que tenía eran bastantes para que reconociese á la que buscaba.

Ésta apareció envuelta en un manto negro cuyos pliegues caían rígidos sobre su falda de droguete. La antigua camarera había vuelto á adoptar el traje de aldeana y hasta sus maneras un tanto bruscas, hallándose más flaca y pálida de lo que Benoist esperaba.

— Ahí está un caballero que la busca á usted, Rosalía, dijo la oficiosa vecina.

La interpelada se detuvo mirando al hombre que le dirigía un saludo. De pronto palidieron sus mejillas, sus labios y hasta su frente; sólo sus ojos, de color gris oscuro, conservaron su natural color; pero mostrando todo su semblante la expresión del que se ve sorprendido en una emboscada.

— ¿Usted quiere hablarme?, preguntó con acento angustioso.

— Sí, señorita.

Ésta dirigió una mirada en torno suyo, como si buscara por dónde huir; luego, con un movimiento de desesperada resolución, sacó una llave del bolsillo, y sin mirar á Benoist, le dijo:

— Venga usted.

Ambos entraron en la casa, que era pequeña, sencilla, fría y pobre, pero de un aspecto muy de acuerdo con lo usual en el país. Rosalía cerró otra vez la puerta, diciendo:

— Siéntese usted.

Se hallaba en una sala estrecha y baja de techo, que recibía luz por una ventana con pequeños cristales verdosos; una mesa, cuatro sillas y un gran armario eran todos los muebles que en la estancia había por una puerta que se hallaba abierta, veíase en la habitación contigua, más grande y mejor amueblada. Una cama con cortinas de indiana violeta. Rosalía entró en aquel dormitorio, regresando á los pocos instantes.

Se había quitado el manto, rodeando su anguloso semblante con una sencilla cofia de muselina blanca; sobre el vestido de droguete negro se había colocado un delantal de algodón violado muy obscuro y una pañoleta de la misma tela, pero de color negro con estampados blancos en señal de luto.

Su rostro conservaba la expresión muy parecida á la del animal cogido por sorpresa, á pesar de los esfuerzos que hacía por mostrarse serena. La voz revelaba su estado de ánimo, pues tuvo que mover varias veces los labios antes de que llegase á pronunciar:

— ¿Qué me quiere usted?

Benoist sacó del bolsillo el sobre que Estrella le había entregado, y sin decir una palabra lo puso sobre la mesa.

Rosalía observaba sus movimientos como fascinada, inclinándose sobre la mesa para ver mejor. Al reconocer su propia escritura, retrocedió hasta la ventana, adhiriéndose á ella como los animales salvajes lo hacen en sus guaridas, y mirando siempre á su terrible visitante.

— ¿Reconoce usted esto?, dijo Benoist casi sobresaltado al verla en aquella actitud.

Rosalía movió la cabeza en sentido afirmativo.

— ¿Es usted quien ha escrito lo que aquí dice?

La antigua camarera siguió mirándole, pero no contestó.

— ¿Qué se decía en esta carta?, continuó el joven con severo acento.

«¡Bien lo sabe usted!», pareció que decían aquellos labios, que no articularon, sin embargo, una palabra.

— ¡Dígalo usted!, insistió Teodoro.

— ¡No!, exclamó Rosalía agitando enérgicamente todo su cuerpo. Es ya bastante haberlo escrito... No lo diré.

— Es, sin embargo, preciso, contestó con tono imperioso el joven. Venga usted aquí.

Rosalía permaneció inmóvil. Teodoro se dirigió hacia ella, tomándola por una mano y haciendo que se sentara junto a la mesa, sin que aquella opusiera la menor resistencia. De su frente helada caían gruesas gotas de sudor en su pañoleta de luto.

— Refiérame usted lo que la carta decía.

— ¡Jamás!, exclamó la ex camarera cruzando los brazos sobre su pecho estrecho y plano.

— Es usted la causa de la muerte de un hombre, dijo Benoist con tono amenazador.

Rosalía se estremeció, sus labios se agitaron, pero nada dijo.

— M. de Beaurand se ha quitado la vida, porque había leído la carta de usted, prosiguió implacablemente Teodoro. Usted es quien le mató.

Aquella mujer hizo con las manos la señal de la cruz, volvió a mover los labios, pero continuó guardando silencio.

— Mad. Montclar, ha fallecido no hace aún ocho días a causa del dolor que le causó vuestra falta. ¿La conocía usted?

Rosalía hizo un signo negativo.

— Era la tía de M. de Beaurand, a quien amaba como a un hijo... ¿Conoció usted a M. de Beaurand?

La ex camarera repitió el mismo signo.

— Entonces, ¿por qué le escribió usted esta carta? La interrogada permaneció inmóvil y con los labios fuertemente cerrados.

— ¡Respónda usted!, exclamó Teodoro imperiosamente, o tendrá que entenderse con la justicia.

— La justicia de los hombres poco importa, contestó lentamente Rosalía; no hay otra justicia que la de Dios.

Benoist la miró con cierta cólera interior. ¿Sería impotente para obligarle a hablar? Rosalía, absorta en su propio terror, no se fijaba en la expresión del joven.

— ¿Sabe usted lo que ha hecho?, prosiguió éste. Es usted quien ha escrito la carta; por su causa ha muerto M. de Beaurand y una persona inocente ha sido acusada de haberle quitado la vida.

Rosalía le miró, recobrando sus labios algo del color que habían perdido.

— Sí, se ha dicho que su esposa le había asesinado. ¿De todo esto ha sido usted causa?

El semblante de la ex camarera se descompuso, escapándose al mismo tiempo de sus labios un grito ahogado.

— ¿Estrella?

— Sí, Estrella. ¡Ha sido usted harto miserable! ¿No tiene usted seguramente temor de Dios?

Rosalía le interrumpió:

— ¿Dicen que ha sido Estrella? ¡Eso no es cierto! Soy yo quien ha escrito la carta; Estrella no puede saber...

— Entonces, dígame usted lo que escribió a fin de que sea proclamada la inocencia de Estrella, dijo Benoist comprendiendo que ganaba terreno.

Rosalía hizo con la cabeza un signo negativo.

— Es imposible, contestó; eso no se puede decir; no puede saberse la verdad.

— ¡Por el honor de Estrella!

— Ella misma no lo querría.

Rosalía, expresando en su semblante la mayor desesperación y con los labios contraídos, volvió a guardar silencio. El terror la había dominado de tal modo desde el primer momento, que ni siquiera se le había ocurrido preguntarse quién era Benoist y con qué derecho la interrogaba; la sola vista del sobre había sido suficiente para aturdirle.

— Pero Estrella es desgraciada; sufre el peso de una acusación por causa de usted. ¿No se avergüenza usted?..

— Lo sé. La vi en Coutances, pareciéndome en aquel momento que se levantaba ante mis ojos mi propia condenación.

— Si así es, diga usted la verdad.

— No puedo.

Benoist se puso de pie, resuelto a emplear su último argumento.

— Es usted responsable ante Dios y ante los hombres...

Rosalía le interrumpió violentamente.

— Ante los hombres..., nadie sabe... Ante Dios..., me he confesado y me han concedido la absolución.

— El que se la ha dado no sabía que una inocente estaba acusada del crimen de usted, ni usted le habrá dicho eso. ¡Dios no la ha perdonado! Si Estrella no la perdona, no lo olvide usted, Rosalía, está usted condenada al infierno.

Al oír estas frases pareció que aquella infeliz se desplomaba inánime. Benoist comprendió que la última palabra, sobre todo, la había aterrado.

— Ponga usted en paz su conciencia, prosiguió el

joven acercándose a Rosalía. Confíese usted la verdad. ¿No quiere usted decirme a mí? ¿Prefiere usted comunicársela a Estrella?

— Estrella no debe saber..., balbuceó la ex camarera sollozando y ocultando su trastornado rostro entre sus dos manos descarnadas. ¡Oh, Dios mío! ¡No he sufrido ya bastante por los pecados de los demás! Aléjese usted; no le conozco; nada tiene que hacer aquí. En cuanto a Estrella..., no puedo decirle una palabra. Lamento, sí, lamento mucho que le hayan resultado males por esta causa; pero... aléjese usted...

— Pues bien, dijo Benoist con frialdad: he venido en son de paz; pero si prefiere usted ir a la cárcel...

— Nada me importa, contestó Rosalía con tono de indiferencia.

— Y luego al infierno..., pues es usted quien ha dado muerte a M. de Beaurand. ¡No han podido absolver a usted de este crimen! Jamás ha dicho usted al sacerdote que aquel hombre se mató después de haber leído su carta.

Benoist acabó de dar el golpe de gracia. Rosalía continuaba presa del mayor terror.

— Ya lo ve usted, prosiguió el joven, considerándose triunfante. Ha querido usted engañar a la justicia de Dios, pero será por ello castigada...

— Yo no quise matar a M. de Beaurand, replicó Rosalía con vehemencia. Me proponía tan sólo impedir el casamiento: era mi deber y obré bien. Si se mató, no fué culpa mía.

— Lo dice usted así, pero no es verdad; eso es una mentira.

— ¡No he mentado jamás!, gritó Rosalía exasperada.

— Eso es una mentira abominable. No podrá usted nunca hacérmelo creer. Es usted una embustera.

Teodoro, con la vista fija en el rostro de aquella mujer, había ido observando el efecto que le producían cada una de sus palabras, que la martirizaban por cierto, como si hubiesen sido dardos de hierro candente. Al oír la última que el joven profirió, la ex camarera se puso de pie.

— ¿Yo embustera? Pues bien, tome usted... En el fondo nada me importa todo esto... ¡Tome usted y déjeme en paz!

Con singular vigor aquella mujer había abierto el armario, sacando de debajo de un montón de trapos un papel amarillento que tiró con furor sobre la mesa. Benoist se apoderó de él y lo desplegó.

Era el borrador de una carta, escrito en papel ordinario y lleno de tachaduras y enmiendas, encabezándolo estas palabras: «Monsieur Raimundo de Beaurand...»

Acababa de cumplirse la predicción de Andrés Bolvín: la carta había ido a colocarse en el sobre.

— Aléjese usted, dijo Rosalía, aléjese...

Benoist tomó su sombrero y salió de la casa, llevándose el borrador. Iba dando traspiés como si estuviese embriagado, y buscaba por todas partes un punto adonde ir sin que le viesan. Por fin divisó una calleja, por la que subió a la muralla que rodeaba la población, sentándose en un banco de piedra que había en una plazoleta.

Allí, bajo el cielo azul, mientras los pájaros cantaban entre las ramas de una higuera que le daba sombra y al abrigo de los altos muros de la Maravilla, leyó Teodoro la carta que había sido causa de la muerte de Raimundo.

XXXIII

«MONSIEUR RAIMUNDO DE BEAURAND.

«Señor: Me he enterado por un periódico de su casamiento; no puede usted ser esposo de la señorita Estrella Brunaire. He sido camarera de madame Brunaire durante catorce años y sé todo lo ocurrido desde el principio, esto es, desde cuando el general de Beaurand, su padre de usted, empezó a hacer la corte a mi pobre señora. Cuando el general murió, Mad. Brunaire me dijo que había sido su esposo quien le había asesinado. Bien ve usted, pues, señor, que no puede usted casarse con la señorita Estrella, que es su hermana, en virtud de la falta de su madre. Escribo a usted esta carta para evitar que se cometa un gran pecado; mi conciencia no me permite guardar silencio cuando puedo impedir esa desgracia. No querrá usted crearme, y sin embargo, puede hacerlo, pues no he mentado jamás. Pregunte usted a la señorita Estrella si se acuerda de Rosalía y del terror que le causé una tarde en el jardín de Saumeray, cuando me oyó llamarle criatura maldita, hija del pecado, porque estaba encolerizada contra ella. Pregúntele también si es cierto que su madre la trataba con severidad y desapego, porque sentía el remordimiento de su falta. Además, si la señorita

Estrella ha continuado siendo como era, no tiene usted más que mirarla; cuando pequeña se parecía al general como dos gotas de agua entre sí; era extraordinario el parecido, hasta el punto de que me avergonzaba al salir con ella a paseo, por el temor de que alguien lo notase. Tiene los ojos, la boca y la frente de todo punto iguales, y he deseado más de una vez que tuviese la viruela, que la hubiera desfigurado un tanto, para que no mostrase al mundo la humillación de su madre. Espero que esta carta llegará a tiempo para impedir tal desdicha. No trate usted de conocerme; quiero estar tranquila ahora que he descargado mi conciencia. Oro todos los días por el alma de mi pobre señora que tantas penas sufrió, y rogaré también para que usted se vea libre de ellas.

»Su servidora,

»ROSALÍA TÉREL.»

Benoist, al terminar la lectura, se quedó inmóvil con la carta en la mano; las sombras y los rayos del sol se movían sobre el papel merced al movimiento de las hojas de la higuera, que agitaba una débil brisa; dos ó tres niños que desde los jardines vecinos acudieron a mirarle, se habían alejado con cierto terror al ver que no se movía. El joven, con la vista fija en el horizonte que cortaban las montañas vecinas, reflexionaba.

Descubierto estaba ya el secreto de la extraordinaria turbación que le había producido la vista del retrato del general. Aquellos ojos negros que le habían preocupado hasta casi hacerle perder el juicio, los ojos pintados en el lienzo que le causaron la ilusión de que tenían vida, eran los de Estrella, penetrantes y dulces, pero vivos... Rosalía tenía razón: toda prueba era inútil ante tan acentuada semejanza. Benoist comprendía que su amigo no hubiese dudado un instante, cuando llevaba grabada en el corazón la imagen de su padre, miraba diez veces al día su retrato y como amante apasionado había debido acariciar ávidamente aquellos mismos ojos en los de su prometida.

Ahora comprendía perfectamente que Raimundo hubiese muerto sin dar explicación alguna. ¿Qué podía decir? ¿A quién y para qué confiar la horrible revelación? Enamorado como lo estaba de Estrella, no había podido abrigar un instante el pensamiento de considerarla como hermana, y ante la idea de una separación eterna había preferido morir, llevándose el secreto consigo...

En aquellos momentos, varios recuerdos medio olvidados acudían a su memoria. Se acordaba de que al ver a Mad. Montclar junto a la joven, le maravilló hallarlas tan parecidas, salvo en la edad y en el color de los cabellos, pero tan semejantes en estatura, fisonomía y actitudes, con los mismos ojos negros, cuya igualdad le parecía ahora tan evidente, que hasta le causaba sorpresa no haber jamás pensado en ello... «Sois una verdadera Beaurand», decía con frecuencia Mad. Montclar... ¡Claro! ¡Sí, Estrella era una verdadera Beaurand!

Una campana dió horas, lo que hizo que Benoist se advirtiese de que su amiga le esperaba con la febril angustia con que esperan su sentencia los condenados a una grave pena. ¿Debía revelarle la verdad? ¿Podía ocultársela? ¿Qué le diría en cambio? ¿Aceptaría ella su silencio o que le dijese que había fracasado en su empresa?..

Teodoro comprendió que no podía engañarla; por otra parte, después de lo que aquella mujer había sufrido, nada significaba un nuevo dolor. Seguramente, se le hacía muy duro participar a Estrella la falta de su madre; pero así comprendería mejor por qué aquella no la había querido mucho... Además, por la buena memoria de Raimundo tampoco tenía el derecho de callarse.

El joven se levantó, emprendiendo lentamente el camino de la hospedería. Estrella le había esperado pacientemente, sentada junto a la ventana, con la vista fija en el horizonte y sin hacerse cargo de que pasaban las horas. La fiebre la había abandonado y se sentía resignada a saber algo horrible; de manera que cada minuto que transcurría dejándola en la ignorancia del secreto, consideraba que le era aún quizá, en cierto modo, un beneficio.

Cuando vió entrar a su amigo se levantó. Este, con un amistoso y protector movimiento, hizo que volviese a sentarse, y sin decir una palabra le puso suavemente la carta en las manos.

La joven le miró asustada. Los ojos de Benoist expresaban una ternura y una compasión sin límites.

— Dígame usted qué es esto, murmuró Estrella; prefiero que sea usted...

— No puedo, repuso Teodoro: lea usted. Me llamará usted cuando quiera.

(Continuad.)

LA ARTILLERÍA CICLISTA

Existe un cuerpo militar de reciente creación que parece llamado á un gran porvenir, á saber, el de los ciclistas, que actualmente está en vías de conquistar el servicio de los reconocimientos, hasta ahora confiado á la caballería. ¡Cuán superior, en efecto, es el ciclista al jinete! Siempre está dispuesto el primero á partir en el acto, al paso que el segundo tiene que ensillar el caballo. Además la bicicleta es más ligera que el corcel, exige menos cuidados y sobre todo no necesita alimentarse, lo cual constituye una inapreciable ventaja en campaña, en que el servicio de aprovisionamientos encuentra tantas dificultades.

Cierto que la bicicleta solamente puede ser utilizable allí donde haya carreteras; pero en Francia y en Alemania, que es donde se ha extendido más el ciclismo militar, los caminos de las grandes y pequeñas comunicaciones son tan abordables, que el empleo de este medio será susceptible de generalización.

Las últimas maniobras francesas, por otra parte, han demostrado cuán preciosa es esa máquina; gracias á este útil auxiliar, las tropas han podido maniobrar con una exactitud y precisión hasta entonces desconocidas. Es, pues, evidente que los ciclistas militares están en camino de conquistarse en los ejércitos un puesto de la mayor importancia, estando llamados naturalmente á ser los exploradores por excelencia.

En el servicio de reconocimiento es necesario ir lo más lejos posible, y por consiguiente no verse detenido por pequeños obstáculos; y aun en el caso de encontrar un obstáculo serio, pero superable, puede á veces ser conveniente destruirlo para seguir adelante. Ahora bien: las carabinas de que disponen los ciclistas, siempre en corto número, no podrían constituir una fuerza suficiente para lograr el resultado que indicamos, de donde se deduce la natural consecuencia de que sería indispensable reforzar el fuego de los exploradores. El procedimiento más sencillo que en tal caso se ocurre es dotar á los ciclistas de ametralladoras, esos aparatos á la vez tan ligeros y tan poderosos. En efecto, una ametralladora no pesa más de unos doce kilogramos y sus municiones consisten simplemente en cartuchos de infantería; puede hacer 600 disparos por minuto con una precisión tanto mayor cuanto que el arma descansa sobre una cureña fija. Por esto se considera que una ametralladora bien servida equivale, en punto á eficacia del fuego, á media compañía de infantería.

Estas consideraciones han inducido á la importante casa inglesa Wickers, Sons y Maxim á construir un triciclo con ametralladoras que los grabados de esta página reproducen. En el triciclo hay montadas dos ametralladoras Maxim: el peso del triciclo es de 55 kilogramos; el de las dos armas de fuego reunidas, de 24'494; los tripodes pesan 48, las piezas de recambio 3'628 y una caja con 1.000 cartuchos 39'640; siendo por consiguiente el peso total de 171 kilogramos, al que hay que añadir el de los dos hombres que van montados en la máquina. A pesar de ello, el triciclo, según parece, puede llevar una marcha muy rápida en terreno llano; en cambio, en las cuestas, los ciclistas han de bajar y empujar el aparato á fuerza de brazos.

Las operaciones de montar y desmontar las ametralladoras se hacen, al parecer, con gran rapidez, en dos minutos apenas.

Claro es que esta máquina podría ser aligerada.

En primer lugar, sería posible dotarla de una sola ametralladora, lo que significaría una disminución de un 50 por 100 en todos los pesos suplementarios, ó sean 58 kilogramos; y por otra parte, sería fácil repartir este último peso, que representa el material de una sola ametralladora, en varias máquinas, en vez de estar colocado todo él en una sola: la ametralladora podría ir en un triciclo, el tripode en otra

En resumen, la ametralladora Hotschkiss, que ha sido adoptada para el ejército francés y de la cual están dotados algunos batallones de cazadores de á pie, estaría perfectamente indicada para el servicio que las compañías ciclistas están llamadas á desempeñar.

TENIENTE CORONEL DELAUNEY.

(De La Nature.)

* *

FARMACIA ÁRABE

En todos los mercados árabes puede verse metido en una tienda muy baja de techo, y acurrucado entre multitud de sacos y cajitas minúsculas, al boticario árabe (taleb addua).

La instalación de ese mercader de drogas no puede compararse ni remotamente con nuestras lujosas boticas; al contrario, es tan sumamente pequeña, que el amo de la tienda ha de permanecer en cuclillas y el cliente se ve obligado á quedarse fuera. Allí va el árabe á menudo á buscar las drogas que cree necesitar. En tales farmacias no se encuentra un solo medicamento compuesto, los simples y algunas sales constituyen todo el arsenal de esos nómadas

«sabios de los medicamentos» que van de mercado en mercado á vender su mercancía, con frecuencia sumamente cara, y que instalados unos junto á otros llevan todos los mismos productos.

Al lado de algunos pañuelos árabes y frascos de perfumes más ó menos dudosos, se exponen, ocupando la mayor parte de la tienda, los simples, las resinas y las sales. Los medicamentos que allí dominan son los excitantes, encontrándose entre otros: el comino, el culantro, el carvi, el anís y en general todas las umbelíferas, y además la cedoaria, la cúrcuma, el jengibre, la nuez moscada y el macis. Al lado de estas plantas se ven algunas resinas, como la del álao, de la escamonea y sobre todo del asa fétida.

La química está poco representada en esas boticas ambulantes, en las cuales sólo hemos podido encontrar sulfato de hierro, sulfato de cobre y carbonato sódico; siendo inútil decir que estas sales son de lo más impuro que puede encontrarse en el comercio.

Si el árabe propietario de la farmacia posee algún veneno metálico ó vegetal, lo esconde cuidadosamente y á todo europeo indiscreto que se lo pide le contesta: «no sé, no os comprendo.» Sólo una vez nos ha parecido ver en una de aquellas tiendas antimonio metálico.

Una particularidad hay que notar, y es: que ni uno de esos medicamentos está rotulado, ni en francés ni en árabe, lo cual es debido, sin duda, á que cada taleb está muy celoso de la denominación que aplica á una droga cualquiera y que tiene gran cuidado en no hacer pública.

El taleb addua es también un «tubid»; son pocas las recetas árabes que le llevan, pues siempre receta él mismo.

En los grandes centros, los mozabitas, comerciantes inteligentes, dueños de verdaderos bazares bien surtidos, son los que hacen las recetas árabes. Muchos de ellos conocen las plantas tóxicas y los venenos minerales preferidos, que saben disimular y no vender sino sobre seguro. El arsénico y sus compuestos son los tóxicos más solicitados.

Aunque algunos indígenas siguen recurriendo al taleb addua ó al mozabita, la mayoría de ellos frecuentan las farmacias europeas, adonde llevan indistintamente las recetas de nuestros médicos y las de sus «tubids.»

DR. F. MALMEJAR.

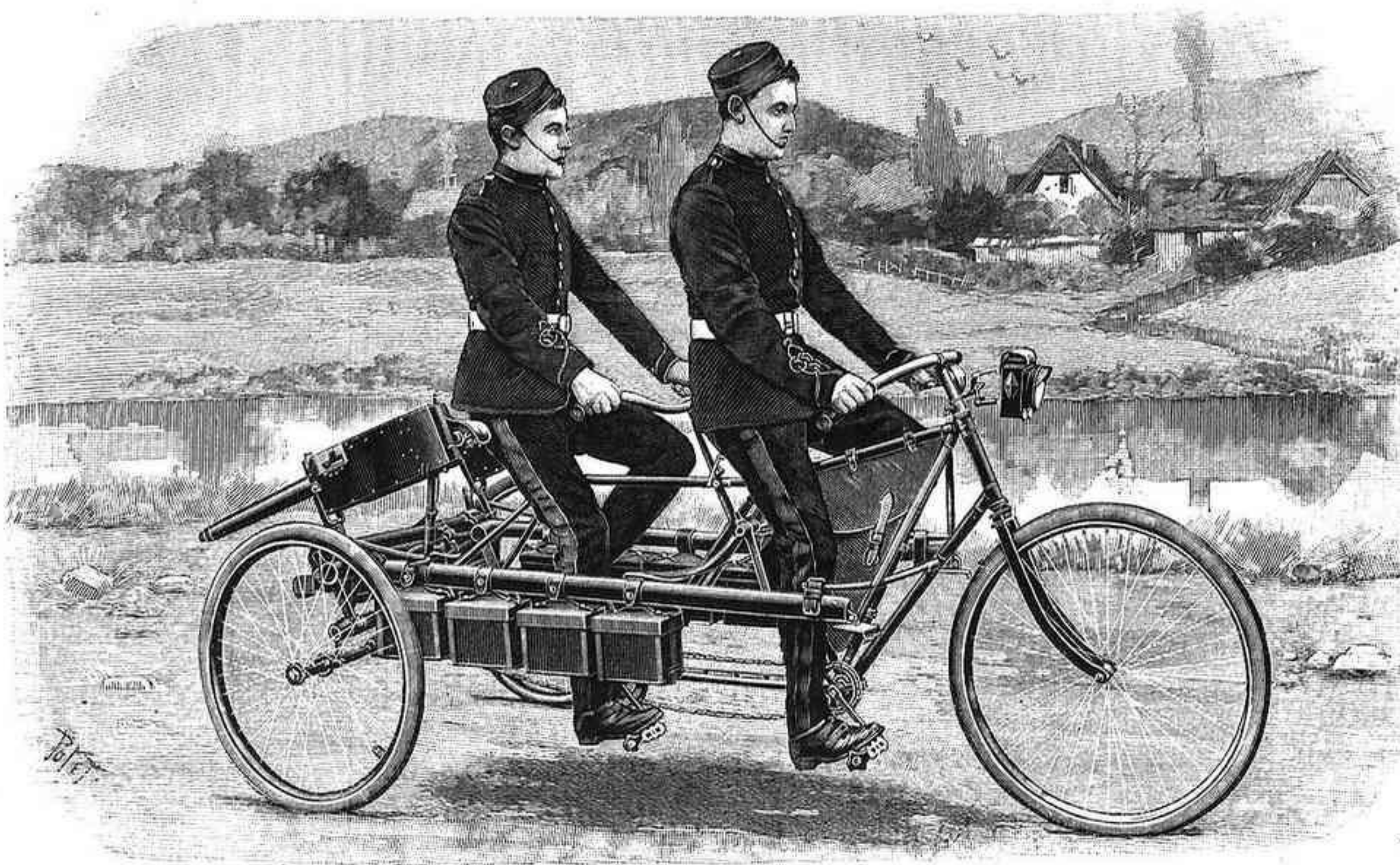


Fig. 1. — Ametralladoras Maxim en un triciclo. La máquina en marcha

y en una tercera las municiones, lo que daría para cada triciclo un peso menor de 20 kilogramos.

Tres tandems permitirían que este exceso de peso resultara casi inapreciable, y de esta manera la ametralladora podría acompañar siempre las bicicletas de los exploradores.

Los tres tandems destinados á llevar la ametralladora, sus accesorios y sus municiones, no deberían ser, en mi concepto, triciclos como esos cuya adopción ha creído deber proponer la compañía Wickers. El triciclo es una máquina que sólo puede marchar con una velocidad relativamente mediana y que se amolda poco á las dificultades del camino; pero la compañía inglesa lo ha adoptado á fin de poder utilizarlo para la ejecución del tiro; pues, según puede verse en la figura 2, el triciclo es el que sirve de verdadero tripode á la ametralladora. Pero el empleo de la máquina con este objeto no es obligatorio, y por el contrario, el arma puede ponerse mejor en disposición de funcionar sobre un tripode indepen-

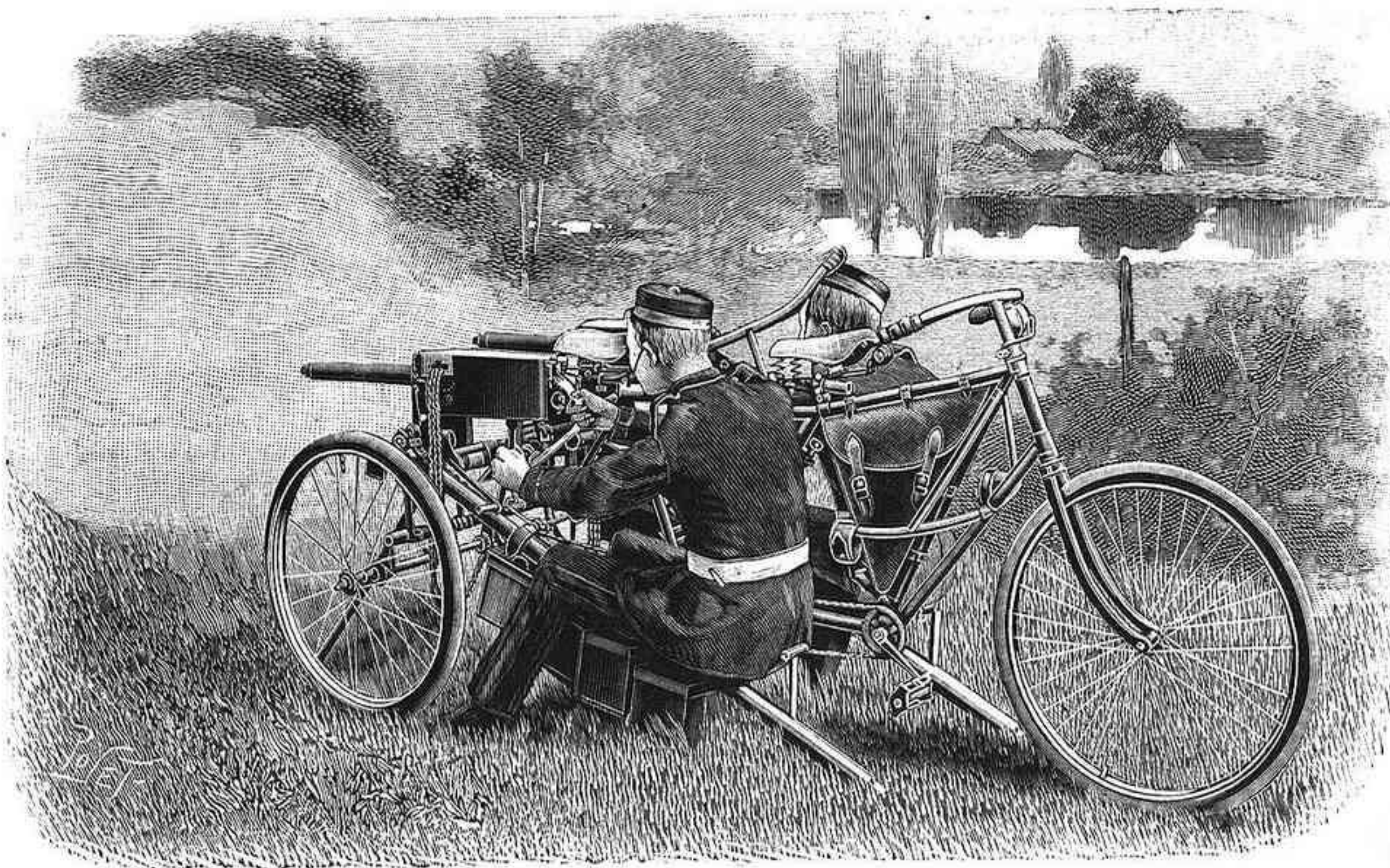


Fig. 2. — Ametralladoras Maxim en un triciclo. Ejecución del tiro

diente, como se hace en las condiciones habituales. Opinamos, pues, que sería más conveniente que las máquinas de transporte de la ametralladora y del material que la acompaña fuesen bicicletas-tándem, que tienen la ventaja de ser más rápidas, más manejables y más seguras.

Según los experimentos que se han llevado á cabo, dos minutos bastan para poner la ametralladora en batería y otro tanto para colocarla de nuevo en el triciclo. Y teniendo en cuenta que el disparo duraría un minuto, resulta que cinco minutos son suficientes para lanzar contra el enemigo un millar de proyectiles.

EL FERROCARRIL TRANSIBERIANO

Acaba de terminarse la empresa más colosal acometida por el genio humano. La grandiosa obra del ferrocarril transiberiano está terminada entre Moscú, en el corazón de la Rusia europea, Vladivostok, el gran puerto del mar Amarillo, y Porth-Arthur, en el golfo de Petchili, en el otro extremo del Asia. La vía está construida y los rieles están colocados.

En 19 de mayo de 1891, S. A. I. el tsarevitch puso, en nombre de su padre el emperador Alejandro III, la primera piedra del ramal del Este asiático á Vladivostok. Diez años y medio después, el transiberiano está totalmente construido, con un empalme, entonces no previsto, al través de la China septentrional. Rusia ha realizado esa obra gigantesca á razón de 600 kilómetros por año, á pesar de los obstáculos materiales y políticos que á ella se han opuesto. La guerra de China, las rebeliones de la Mandchuria, no han detenido á los intrépidos trabajadores, y esta obra de paz se ha llevado á cabo en medio de la guerra.

Ha sido preciso construir más de 48 kilómetros de puentes: uno solo de ellos, el del Jenissei, en Atchinsk, mide 900 metros y la línea atraviesa el lago Baikal. Es el ferrocarril que se ha hecho más rápidamente; el transcanadense, con una longitud de 4.700 kilómetros, costó diez años de trabajos.

El transiberiano atraviesa la Mandchuria en dos sentidos, de Este á Oeste, entre Nagadan y Vladivostok, y de Norte á Sur, entre Minguta y la nueva

ciudad de Dalny, cerca de Porth-Arthur. El gasto total excede de dos mil millones de francos.

La vía terrestre entre el Havre y Vladivostok es de 11.950 kilómetros. La duración del viaje entre París, Londres y Shanghai será de 16 días y su coste de 860 francos: el mismo trayecto por mar dura 34 días y cuesta 2.450 francos. Este solo dato basta para comprender las consecuencias comerciales y políticas de la creación de esa arteria gigantesca.

Los rusos pueden estar orgullosos de haber realizado una obra tan colosal que marcará una fecha en la historia de la civilización. — J. F. G.

PROYECTOS DE M. SANTOS DUMONT

M. Santos Dumont, después de haber obtenido el gran premio de aeronáutica de 125.000 francos concedido por M. Deutsch, se propone continuar sus estudios y realizar nuevas experiencias. En la actualidad prepara su viaje á Mónica, para vigilar la construcción de un cobertizo y de una fábrica de hidrógeno, que han de servir para su globo número 7; habiendo el príncipe de aquel pequeño Estado puesto á su disposición cuanto pudiera necesitar.

El aeronauta, que considera el globo con que ha obtenido el citado premio simplemente como un aparato de ensayo, quiere ahora emprender una serie de experimentos más prácticos. Su nuevo globo será mucho más potente y está ya casi terminado, y después de haber verificado con él algunas pruebas

en la bahía de Mónica, partirá del bulevar de la Condamine, que está sobre la bahía, y se dirigirá á Calvi (Córcega), desde donde regresará á su punto de salida, esperando que podrá salvar la distancia de 200 kilómetros en menos de la mitad del tiempo que emplean los barcos que hacen actualmente la travesía entre ambos puntos. M. Santos Dumont cree que conseguirá una velocidad de 55 kilómetros por hora.

Si esta tentativa le da buen resultado, los propósitos del aeronauta son atravesar el Mediterráneo. Y habiendo sido interrogado acerca de sus proyectos para el caso en que también esta empresa se viera coronada por el éxito, ha contestado: «Entonces, y este es mi sueño dorado, intentaré cruzar el Atlántico. En mi concepto, á fuerza de perseverancia y aumentando gradualmente la capacidad de mis globos, antes de tres años habré logrado este propósito.»

Los dos motores que han de hacer funcionar las hélices del nuevo aparato están terminados; cada uno de ellos pesa 160 kilogramos y desarrollan juntos una fuerza de 90 caballos. El globo será de forma prolongada; el pequeño eje será igual que en los anteriores; la envoltura será reforzada, y la viga armada tendrá una longitud de 28 metros, en vez de los 18 que tenía el Santos-Dumont n.º 6.

El príncipe de Mónica, además de poner á la disposición del aeronauta los edificios y construcciones, ha dispuesto que su propio yate tenga las calderas encendidas durante los ensayos en el mar, que se practicarán desde el presente diciembre hasta el próximo abril.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA dirijanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, Paseo de Gracia, 96, Barcelona

AGUA LÉCHELLE

HEMOSTÁTICA

Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *Intestinos*, los *Espantos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho*, *Catarros*, *Mal de garganta*, *Bronquitis*, *Resfriados*, *Romadizos*, de los *Reumatismos*, *Dolores*, *Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.

Exigir la Firma WLINSI.

DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.

PILDORAS DEFRESNE

A LA PANCREATINA

Adoptada por la Armada y los Hospitales de París.

DIGESTIVO

el más poderoso el más completo

Digiere no solo la carne, sino también la grasa, el pan y los fécules. La PANCREATINA DEFRESNE proviene las afecciones del estómago y facilita siempre la digestión.

POLVO - ELIXIR En todas las buenas Farmacias de España.

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO PASTILLAS Y POLVOS PATERSON

con BISMUTHO Y MAGNESIA Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.

Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD. Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS.

PÍLDORAS BLANCARD

con Yoduro de Hierro inalterable Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.

Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO Exigir el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PÍLDORAS BLANCARD

con Yoduro de Hierro inalterable Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.

Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO Exigir el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PÍLDORAS BLANCARD

con Yoduro de Hierro inalterable Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.

Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO Exigir el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE

Curadas por el Verdadero Único aprobado por la Academia de Medicina de París. — 50 Años de éxito.



ZOMOTERAPIA

EL ZOMOL PLASMA MUSCULAR

(Jugo de carne desecado) PREPARADO EN FRIO, encierra los preciosos elementos reconstituyentes de la carne cruda. Prescrito en la

TUBERCULOSIS, la NEURASTENIA, la CLOROSIS, la ANEMIA, la CONVALESCENCIA, etc.

Tres cucharaditas de café de Zomol representan EL JUGO DE 200 GRAMOS DE CARNE CRUDA.

PARIS, 8, rue Vivienne y en todas las Farmacias.

Las Personas que conocen las PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.



PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PILIVORE, DUSSEY, 1, rue J.-J. Rousseau, París.

LIBROS

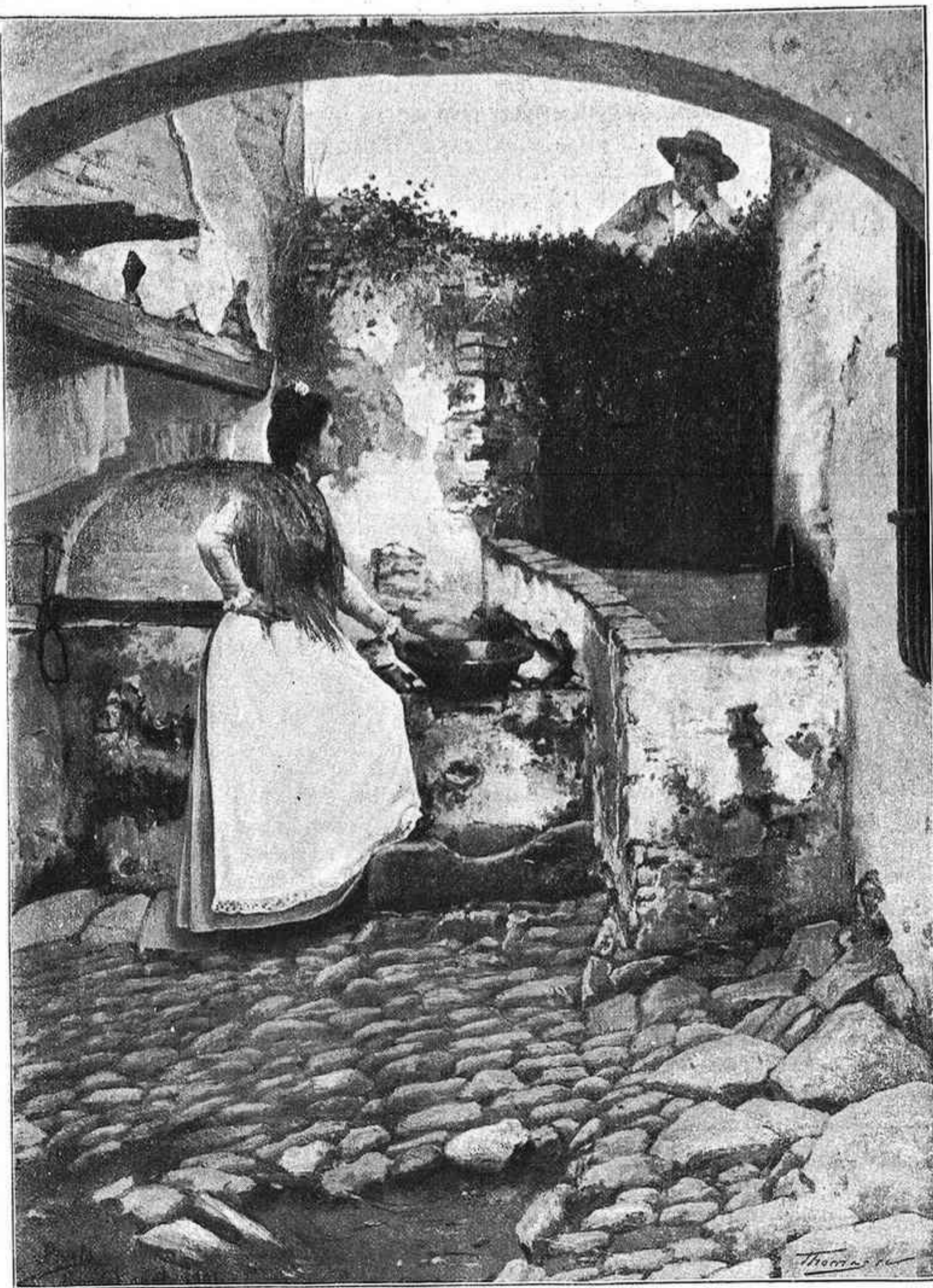
ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

LA CONDESA DE CHARNY, por *Alejandro Dumas*. — Esta novela, continuación en cierto modo de la serie que empieza con las *Memorias de un médico* y continúa con *El collar de la reina* y *Angel Pitou*, es sin disputa una de las más interesantes que salieron de la pluma del insigne y fecundo novelista francés. En ella el ilustre Alejandro Dumas hizo una vez más gala de esa habilidad por nadie igualada con que enlazaba los asuntos históricos con la narración novelesca y de esa brillantez de ingenio y de estilo que con razón le ha conquistado el aplauso de tres generaciones. La edición de *La condesa de Charny* que acaba de publicar el editor barcelonés D. Luis Tasso está esmeradamente traducida por Enrique L. de Verneuil y forma seis tomos que se venden á una peseta cada uno.

ALMANAQUE BAILLY-BAILLIÈRE PARA 1902. — En la imposibilidad de indicar siquiera la multitud de materias contenidas en este almanaque, nos limitaremos á decir que éste justifica plenamente el título que lleva de «Pequeña enciclopedia popular de la vida práctica», puesto que en él se encuentran reunidos artículos interesantes sobre los más diversos asuntos, noticias curiosas de todo el mundo, recetas útiles de todas clases, consejos prácticos, tarifas de ferrocarriles, etc., etc., ilustrado todo ello con multitud de grabados. A los compradores del almanaque se les regalan un bono-participación á un billete entero del sorteo de Navidad y otros con opción á varios regalos.

EGLOGAS, por *E. Marquina*. — Forma parte esta obra de la «Biblioteca Mignon» que con tanto éxito publica en Madrid el Sr. Rodríguez Serra, y la mejor garantía de la bondad de las composiciones que contiene es el nombre de su autor, el joven é inspirado poeta Sr. Marquina. En armoniosos versos canta éste asuntos verdaderamente



Buenos días, vecina, cuadro de José Pinelo

humanos, en todos los cuales palpita una aspiración vehemente hacia un ideal noble y levantado; sus cantos no son sólo la obra de un poeta, son la labor de un pensador profundo. El libro lleva varias ilustraciones de Pichot y se vende á 75 céntimos.

LA HIJA DE DON QUIJOTE, por *J. Menéndez Agutty*. — La firma del autor de este libro es bastante conocida de los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, que se honra con la colaboración del Sr. Menéndez Agutty, y no menos reputada en el mundo literario para que necesitemos hacer el elogio de *La hija de Don Quijote*. Trátase en ésta, más bien que de una novela, como advierte el autor en el prólogo, de un boceto; pero de un boceto bellísimo, añadimos nosotros, muy superior á no pocos cuadros terminados y por buenos admitidos. Todo en la obra está perfectamente estudiado; no es simplemente una exposición agradable de un asunto interesante, sino el resultado de una observación inteligente que analiza los caracteres, busca la lógica en el desarrollo del asunto y se preocupa sobre todo de convencer. Si á esto se añaden los atractivos de un estilo elegante y castizo, se comprenderá que el Sr. Menéndez Agutty ha escrito un libro bajo todos conceptos digno de alabanza. Editada por la casa Lezcano y C., de Barcelona, véndese esta novela á una peseta

POEMAS DE LA VIDA, por *Rafael Ruiz López*. — Nuestro querido amigo y colaborador Sr. Ruiz López ha publicado un tomo con varios poemas, uno de ellos en prosa y los demás en verso, que son la obra de un poeta de corazón, de un alma que sabe remontarse á las regiones puras de la verdadera poesía y que encuentra el lenguaje elevado propio para revestir las bellísimas ideas y las brillantes imágenes. Predomina en todas sus composiciones el sentimiento, y los acentos con que sabe expresarlo tienen todos los matices necesarios para despertar las más diversas emociones; la palabra obedece al pensamiento, y una y otra dejan honda huella en el ánimo del lector. *Poemas de la vida*, impreso en Barcelona por Tarascó y Cuesta, se vende á una peseta.

PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL
PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
EL PAPEL O LOS CIGARROS DE B. BARRAL
disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALDESPEYRES
78, Faub. Saint-Denis
PARIS
y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTITION
FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER
LOS SUFRIMIENTOS Y TODOS LOS ACCIDENTES DE LA PRIMERA DENTITION.
EXIJA EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS
Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

**PÍLDORAS
MOUSSETTE**
Neuralgias,
Jaqueca,
Ciática.

CLIN y COMAR — PARIS
En todas las Farmacias.
650

GARGANTA
VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN

Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente á los Srs. PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emisión de la voz. — Precio: 12 REALES.

Exigir en el rotulo a firma
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

AVISO A LAS SEÑORAS
EL APIOL DE LOS
JOSEPH HOMOLLE
CURA
LOS DOLORES, RETARDOS,
SUPPRESSIONES DE LOS
MENSTRUOS
F. G. SÉGUIN — PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Jarabe Laroze

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastralgias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

JARABE

al **Bromuro de Potasio**

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histeria, migraña, baile de S.-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la dentición; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.

Fábrica, Expediciones: J.-P. LAROZE & C^{ie}, 2, rue des Lions-St-Paul, á Paris.
Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

HARINA lacteada NESTLÉ

Proveedor
de la
Real Casa

26 Diplomas
de Honor.
31 Medallas
de Oro



ALIMENTO COMPLETO para NIÑOS

Recomendado desde hace 35 años por las Autoridades Médicas de todos los Países. Contiene la leche pura de los Alpes Suizos.

Pídase en todas las Droguerías y Farmacias.

Para pedidos dirigirse á
MIGUEL RUIZ BARRETO
Jerez de la Frontera.